

Capítulo 5.

Relatos de guerra: la fiereza de los antepasados y el sacrificio de Navarra.

“¡Que huir es voz extranjera
Que nadie entiende en Navarra!”¹

Hermilio de Olóriz.

A menudo los historiadores han compuesto la historia de los pueblos desde una óptica esencialmente militar. Guerras e invasiones, batallas y conquistas constituyen todavía hoy hitos fundamentales en la mayor parte de las narraciones del pasado. Navarra no es una excepción a esta regla y las diversas escrituras de su historia giran también en torno a los hechos de armas. Esta circunstancia aparece tanto más pronunciada cuando nos ceñimos a la narración de los primeros tiempos, a los orígenes estudiados en el capítulo anterior. No en vano, el contacto con el Extraño constituía, como vimos, un momento crucial de estos relatos y a menudo era descrito en términos de confrontación. Puesto que los antepasados viven en paz hasta el momento en que irrumpe el Otro, la crónica de las relaciones con el Extraño es en buena medida la historia misma de la guerra.

En los distintos actos de este drama hay un personaje colectivo que, cuando menos a primera vista, permanece en escena invariable a través de los tiempos: los nativos, o mejor dicho sus antepasados. Son sus enemigos los que pasan, los que participan en la representación de forma efímera y luego desaparecen. Celtas, romanos, godos, árabes, francos, castellanos, franceses, etc. La leyenda de Nicasio Landa, “Una visión en la niebla”², gira precisamente en torno a esta idea. Desde la cumbre del Larrun observa cómo la noche cae sobre Vasconia. Luego, entre tinieblas, ve pasar sucesivamente a los euskos que resistieron frente a los arios, a los iberos que lucharon contra Roma, a los montañeses que combatieron a los bárbaros.

¹ Hermilio de Olóriz, “Pamplona”, en *El Romancero de Navarra*, *op. cit.*, p. 90.

² N. Landa, “Una visión en la niebla”, *op. cit.* Apareció por primera vez en *El País Vasco Navarro*, 30-III-1870.

“Y sigue el desfile de los guerreros euskaldunas, porque si el imperio gótico sucumbe ante los sarracenos, Euskaria no.”³

Tras ellos vienen las huestes navarras que vencieron a los sarracenos en Olast, Oca, Calatañazor y las Navas de Tolosa, los vascones que derrotaron a Carlomagno y Ludovico Pío en Roncesvalles, los cruzados que combatieron en Tierra Santa, los caballeros que perecieron contra Castilla en defensa de la independencia de Navarra. Les siguen los vasconavarros que lucharon en favor de España en Flandes, Italia y el Nuevo Mundo, los marinos como Elcano y Churruca, los guerrilleros de la Francesada, los combatientes carlistas y liberales, los que defendieron las colonias españolas de África, Asia y América. Ciertamente, el atuendo y el armamento de estas sombras van cambiando pero, en realidad, se trata de los mismos personajes, del mismo protagonista que va tomando los ropajes de cada época, conservando indemne su espíritu.

El antepasado deviene regularmente un personaje belicoso. Una y otra vez los textos ponen de relieve su fiereza, su valor y su carácter indómito. La lucha de los vascones contra los godos aparece como un claro exponente de su insumisión contra el Extraño invasor. Los años que median desde la caída del imperio hasta la invasión sarracena son, en palabras de Florencio Ansoleaga, “un estado de guerra continua”⁴. “Período confuso” de la historia de los ancestros, a decir de Gúrpide, en el que sólo está claro “el odio a sus invasores” y “el afán de conservar su independencia”⁵. Las crónicas visigóticas repitieron el “*Domuit vascones*” en los panegíricos de los reyes y los escritores navarros han citado una y otra vez esta repetición, convirtiéndola en un signo de la rebeldía vascona⁶. Sin embargo, para buena parte de la historiografía española, esa resistencia termina en tiempos de Wamba, quien habría conseguido en sólo siete días la sumisión del país⁷. Por el contrario las letras navarras, con pocas excepciones, presentan a los vascones irredentos, combatiendo sin tregua el tiránico poder visigodo.

Habitualmente los antepasados no combaten en grandes batallas o, al menos, no por medio de grandes ejércitos. Prefieren las emboscadas, el golpe de mano sorpresivo,

³ *Ibidem*, p. 160.

⁴ Florencio Ansoleaga, *El cementerio franco de Pamplona*, Imp. de J. García, Pamplona, 1914.

⁵ J. Gúrpide, *Geografía e Historia*, *op. cit.*, p. 146.

⁶ Valgan algunas muestras: J. Etayo, “Algunas breves interpretaciones y glosas de la historia de Navarra”, *op. cit.*; F. Navarro Villoslada, *Amaya*, *op. cit.*, p. 7; H. de Olóriz, *Resumen histórico*, *op. cit.*, p. 13; C. Clavería, *Historia del Reino de Navarra*, *op. cit.*, p. 29; B. de Estella, *op. cit.*, p. 59.

⁷ Véase como muestra Modesto Lafuente y Juan Valera, *Historia general de España*, Montaner y Simón, Barcelona, 1887, tomo 2, p. 68.

la “eterna táctica de las guerrillas hispánicas”⁸. Se confunden con sus selvas y atacan inesperadamente desde sus montañas. Así luchan los vascones de Navarra Villoslada⁹, el Jaizki de Luis del Campo¹⁰, los montañeses de Cayuela¹¹ y los primeros navarros de Ortíz de Zárate¹² y de Salinas Quijada¹³. Pero esta estrategia no se circunscribe a los tiempos primigenios. También el Espoz y Mina de Olóriz¹⁴ y los carlistas de Casariego¹⁵ emplean dicha táctica:

‘Ir a la guerra, a su guerra, era en el país “écharse al monte”, lanzarse a la aventura, formar partidas y combatir ariscamente, con su mejor estilo guerrillero, bajo las inclemencias de todas las intemperies, en los riscos abruptos de la montaña, en las inmensas selvas éuskaras de robles y encinas donde moran los osos y los lobos [...]’¹⁶

Es obvio que, como sucedía con las ruinas, no todas las luchas y las batallas a lo largo de la historia de Navarra han tenido la misma importancia. No nos referimos aquí a la importancia militar, claro está, ni siquiera a su importancia política, sino exclusivamente a su importancia literaria. Las batallas de Olast, Ocharren y Atapuerca, que alcanzaron cierta fama hacia finales del XIX, sirven de motivo para algunas composiciones literarias pero luego caen en el olvido. Pocos navarros sabrán de ellas hoy. Sin embargo, la fama de dos hechos de armas ha perdurado hasta el presente con una intensidad particularmente llamativa. Se trata de las batallas de Roncesvalles y de las Navas de Tolosa. Para el período de nuestra atención, la cantidad de textos que generan supera con mucho el inspirado por las demás contiendas en conjunto, exceptuando tal vez la Guerra Civil española.

⁸ A. Campión, *Euskariana. Novena serie, op. cit.*, p. 14.

⁹ F. Navarro Villoslada, *Amaya, op. cit.*

¹⁰ L. del Campo, *Jaizki, op. cit.*

¹¹ Alberto Cayuela Pellizzari, *La Rota de Roncesvalles*, Imp. Velandía, Pamplona, 1882.

¹² R. Ortíz de Zárate, *op. cit.*

¹³ F. Salinas Quijada, ‘Las Cortes de Navarra y las Cortes de Aragón’, en *Temas de Derecho Foral, op. cit.* Salinas califica las guerrillas de “verdadera especialidad” de navarros y aragoneses (p. 455).

¹⁴ H. de Olóriz, *Navarra en la Guerra de la Independencia, op. cit.*

¹⁵ Jesús-Evaristo Casariego Fernández, *Flor de hidalgos (Ideas, hombres y escenas de la guerra)*, Ed. Navarra, Pamplona, 1938.

¹⁶ *Ibidem*, pp. 80-81.

Ambas batallas nos servirán ahora como puntos de referencia para analizar los relatos bélicos en la cultura navarra. A continuación, una vez examinado el papel de Roncesvalles y de las Navas, pasaremos a ocuparnos de otras luchas más cercanas en el tiempo, a saber, la guerra de la independencia y, de manera especial, la Guerra Civil española.

En el capítulo anterior apareció la disyuntiva entre un análisis que primara la ubicación de los textos en las diversas *hipótesis* historiográficas y otro análisis que subrayara la fecundidad de una *lectura interna* de los *relatos* ofrecidos por aquéllos. Nos decantamos por esta segunda alternativa, ante la convicción de que las letras navarras, si bien se hacían eco de los debates historiográficos y científicos españoles y europeos en torno a los orígenes, participaban de una *lógica del sentido* propia. Ello nos permitió articular una lectura de los relatos de los primeros tiempos a partir de las tramas del *saltus* y el *ager Vasconum*. Sin embargo, y con el fin de evitar una visión excesivamente cerrada sobre sí misma de la cultura local, se consideró pertinente ofrecer unas coordenadas básicas de las principales *hipótesis* sobre los orígenes. De forma similar, nuestro análisis de los relatos bélicos atenderá preferentemente a su lógica interna, utilizando como criterio las dos tramas que hemos descrito. Tangencialmente tendremos ocasión de examinar las relaciones entre mito e ideología¹⁷ y ciencia histórica. A pesar de esta lectura interna, de nuevo dedicaremos algunas páginas a dar cuenta de las discusiones historiográficas “externas” existentes en torno a los dos grandes hechos de armas que centrarán la primera parte del capítulo.

Roncesvalles: la brutalidad de la venganza.

‘No sé que batalla alguna haya levantado
tanta polvareda, como la de Roncesvalles.’¹⁸

José de Moret.

“A quien pretenda saber
lo que los navarros valen

¹⁷ Algunos autores como Claude Rivière (“Mythes modernes a coeur de l’idéologie”, en *Cahiers internationaux de sociologie*, Vol. XC, 1991) admitiendo la conexión entre mito e ideología, han remarcado también sus diferencias. Aquí no nos interesa entrar en esta discusión. Se trata simplemente de denominar ese ámbito de las ideas que representan los mitos en las sociedades tradicionales y las ideologías o los imaginarios políticos en las sociedades modernas.

¹⁸ J. Moret, *Investigaciones históricas*, op. cit., p. 220.

un nombre con once letras
le contesta ¡Roncesvalles!”¹⁹
Pedro de Górriz.

La versión más conocida en Navarra de la batalla de Roncesvalles y que sigue la inmensa mayoría de nuestros literatos tiene su base en el padre Moret²⁰. Éste reaccionaba contra aquellas otras versiones que, como veremos a continuación, cuestionaban la importancia y la participación de los navarros en el encuentro. Para ello citaba principalmente a dos cronistas francos, Egihardo y el Astrónomo. Según Moret, Carlomagno había venido a España llamado por varios reyezuelos moros de la zona de Zaragoza, que demandaron su apoyo contra el poder cordobés. De vuelta a su reino, Carlomagno dismanteló las murallas de Pamplona. Ante esta ofensa los “Vascones Navarros”²¹ resolvieron vengarse, preparando una emboscada a la retaguardia enemiga en las cercanías de Roncesvalles. Los vascones obtienen una completa victoria y matan a importantes jefes francos, entre ellos al célebre Roldán.

A grandes rasgos esta versión ha sido seguida por todos los escritores navarros posteriores, si bien con cierta frecuencia se introdujeron algunas modificaciones menores.

Además de la exposición de la batalla del padre Moret, la literatura navarra ha bebido abundantemente del apócrifo *Canto de Astobizkar*. Este canto, al que hemos aludido anteriormente, fue compuesto por el bayonés Garay de Monglave hacia 1835. Después de hacerlo traducir al vascuence, Garay lo dio a conocer como una tradición oral vasca proveniente del siglo VIII. Como dijimos, muchos autores, locales y foráneos, creyeron ingenuamente en su autenticidad. Hacia 1890 apenas nadie dudaba de la falsedad del canto²². A pesar de ello, éste ha continuado siendo recogido y citado en multitud de ocasiones hasta nuestros días en virtud de su calidad literaria.

Por otro lado, es preciso advertir que los relatos literarios de la batalla a menudo han incluido algunos detalles provenientes de la *Chanson de Roland*, como la muerte de

¹⁹ Pedro de Górriz, “Cancionero popular navarro”, en *Certamen literario del Ayuntamiento de Pamplona*, Imp. de J. Lorda, Pamplona, 1885, p. 29.

²⁰ J. Moret, *Investigaciones históricas*, op. cit.

²¹ *Ibidem*, p. 239.

²² Incluso un historiador nacionalista español como Modesto Lafuente (op. cit., tomo II, pp. 178-180) lo recogió dándolo por válido.

Oliveros o la llamada de Roldán a Carlomagno. De este modo, aspectos periféricos de la tradición épica han sido incorporados por parte de nuestros escritores a sus textos.

Hay varias versiones de la batalla de Roncesvalles que difieren de la de Moret, a la que por comodidad llamaremos la “versión navarra”. Tal vez la más célebre de ellas es precisamente la de la *Chanson de Roland* -en sus diferentes versiones y en textos derivados como el del pseudo Turpín-. Esta versión carece de prestigio entre los historiadores profesionales modernos, pero ha mantenido cierta difusión en la historiografía francesa más nacionalista hasta tiempos relativamente recientes²³. Según ella, Carlomagno llega a España con el objetivo de combatir a los musulmanes. Después de una serie de choques sólo resta Zaragoza para completar la Reconquista. La plaza se halla en poder de un rey moro llamado Marsilio. Éste, gracias a la traición del padraastro de Roldán, Ganelón, tiende una emboscada a la retaguardia cristiana en Roncesvalles. A pesar de su comportamiento heroico, los cristianos son derrotados y Roldán y otros caballeros resultan muertos. Carlomagno regresa entonces en ayuda de su retaguardia. Se entabla una nueva batalla en la que los musulmanes son vencidos y la afrenta vengada.

El arzobispo Jiménez de Rada ofreció una segunda versión de los hechos que gozó de gran popularidad en España y que fue admitida por historiadores de la importancia de Mariana, Garibay y Morales. Según ésta tuvieron lugar en Roncesvalles dos batallas. La primera apenas merecería tal nombre y consistió en el saqueo que los navarros hicieron del “fardaje” de las tropas de Carlomagno. La segunda, la verdadera y más famosa, tendría su origen en la decisión de Alfonso II el Casto, príncipe de Asturias, de adoptar a Carlomagno como hijo. Los súbditos del Casto no aprobaron esta cesión, de modo que presionaron al monarca para que anulara la adopción. El Casto cedió, pero el poderoso Carlomagno, que ya contaba con la España cristiana entre sus dominios, rechazó enfurecido la revocación. Decidido a tomar posesión de su herencia, se encaminó hacia España al frente de un poderoso ejército. En este trance, un caballero español llamado Bernardo del Carpio, sobrino ilegítimo del rey asturiano, resuelve, con la adhesión de otros nobles, resistir a la invasión. Uno y otro ejército se enfrentan en Roncesvalles. Allí los cristianos españoles, confederados según algunas versiones con el príncipe Marsilio de Zaragoza, derrotan las ambiciones expansionistas de Carlomagno.

²³ Cfr. por ejemplo Delandines de Saint-Esprit, *Histoire des ages héroïques (754-987). Les karlovinghiens*, Debécourt libraire-éditeur, Paris, 1843, pp. 75 y ss. Por cierto que Saint-Esprit incluye, en contradicción con el resto del texto, una versión al francés del Canto de Altobiscar, que aparece como *Chant d'Altabiar*, en pp. 125-127.

Bernardo del Carpio en persona mata al jefe de la retaguardia enemiga, Roldán, y España queda libre de franceses.

Aunque esta versión de la batalla y la historia de Bernardo del Carpio²⁴ contaron con la credibilidad de historiadores del prestigio, muchos otros, como el Padre Flórez, el Padre Risco y Juan Francisco de Masdeu negaron tempranamente su veracidad. De hecho, durante el siglo XVIII la mayor parte de la crítica española parece haber considerado la historia de Bernardo una invención dado que, según las crónicas, Alfonso el Casto entró a reinar al menos trece años después de que se produjera la batalla. A pesar de ello, durante el romanticismo la figura del Carpio conoció una importante revalorización, si bien fue más literaria que historiográfica. Así, el romance del siglo XVII *Bernardo o la victoria de Roncesvalles* de Bernardo de Valbuena se reedita varias veces²⁵ y Joaquín Francisco Pacheco y Telesforo de Trueba incluyeron al héroe imaginario en varios de sus escritos. Todavía en 1943 García Ezpeleta²⁶ recogía como verídica su participación en Roncesvalles en un libro destinado al uso escolar.

Además de las versiones de Bernardo del Carpio y de la *Chanson*, en tiempos más modernos se han ofrecido otras teorías de la batalla de Roncesvalles²⁷. Entre ellas destaca la defendida por el eminente arabista Francisco de Codera y Zaidin²⁸. Codera sigue al cronista árabe Aben-al-Atsir (citado en otras ocasiones como Ibn al-Athir) para afirmar que la batalla tuvo lugar a raíz del ofrecimiento de vasallaje que un reyezuelo de Zaragoza, Soleiman ben Yactán (o Sylayman ibn al-Arabi) hizo a Carlomagno, a cambio de su ayuda para independizarse de Abderramán I, sultán de Córdoba. Al encontrarse con las puertas de Zaragoza cerradas, y acaso alarmado por las noticias de una rebelión en Sajonia, Carlomagno optó por tomar como prisionero a Soleiman y retirarse a Francia. Los hijos del reyezuelo, Matruh y Ayxon (Aysun), tendieron una emboscada a los francos y con un golpe de mano consiguieron liberar a su padre. Esa

²⁴ Pueden encontrarse abundantes informaciones relativas a Bernardo del Carpio y a sus hazañas posteriores a la batalla en la obra de Fray Justo Pérez de Urbel y Ricardo del Arco Garay, *España Cristiana. Comienzo de la Reconquista*, tomo VI de la *Historia de España* dirigida por Ramón Menéndez Pidal, Espasa-Calpe, Madrid, 1956, pp. 367-370. La fuente habitual de estas fábulas suele ser la *Historia de los hechos de España* de Rodrigo Jiménez de Rada (hay edición en Alianza, Madrid, 1989). La leyenda de del Carpio presenta otras versiones, las cuales pueden consultarse en el *Diccionario Literario de obras y personajes de todos los tiempos y de todos los países* (Bompiani), Hora, Barcelona, 1988, voz "Bernardo del Carpio". Una revisión en favor de la existencia histórica de Bernardo puede verse en Vicente J. González, "Bernardo del Carpio y la Batalla de Roncesvalles", en *VIII Congreso de la Societat Rencesvalls*, Institución Príncipe de Viana-Gobierno de Navarra, Pamplona, 1981.

²⁵ Hay ediciones los años 1808, 1852, 1878 y 1914.

²⁶ Fermín García Ezpeleta, *España Inmortal*, Ed. Afrodísio Aguado, Madrid, 1943, pp. 41-42.

²⁷ Pueden seguirse estos debates en el estudio de José M^o Lacarra, "La expedición de Carlomagno a Zaragoza y su derrota en Roncesvalles", dentro de su libro *Investigaciones históricas*, Ediciones y Libros, Pamplona, 1983.

²⁸ Francisco de Codera y Zaidin, *Estudios críticos de la Historia Árabe Española*, Lib. A. Uriarte, Zaragoza, 1903.

emboscada habría sido la célebre batalla de Roncesvalles, amplificada luego por la épica.

Cercana a esta opinión es la teoría expresada por Ramón Menéndez Pidal en su estudio sobre *La Chanson de Roland y el neotradicionalismo*²⁹. Según Menéndez Pidal, Carlomagno viene a España con el propósito de terminar con la dominación islámica de la Península. Para ello cuenta con el apoyo de algunos jefes musulmanes locales, reacios a la autoridad cordobesa. Sin embargo, el proyecto se frustra a causa de la inestabilidad de estas alianzas. En lo que atañe a la batalla, Menéndez Pidal considera que los atacantes de los francos fueron una coalición de musulmanes y vascos. Esta hipótesis había sido expresada con anterioridad por L. Gautier, Juan Fernando Amador de los Ríos³⁰ y Levi-Provençal³¹, entre otros, y concuerda con cuantos han atribuido a Carlomagno el deseo de restaurar el Imperio romano en torno a la idea de Cristiandad.

Por el contrario otros historiadores, como Ramón de Abadal y Paul Aebischer, han dudado de la finalidad religiosa de la expedición franca a España. Según ellos la lectura cristiana de la empresa es muy posterior a los hechos y proviene de una interesada tentativa por otorgar carácter religioso al reinado de los grandes monarcas carolingios. No por ello se acercan ambos historiadores a la versión “havarra” de la batalla ya que, en su opinión, los causantes de la derrota franca no fueron ni musulmanes ni navarros, sino gascones, es decir, vascones ultrapirenaicos que trataban de zafarse del dominio franco³². Este punto de vista tuvo un predecesor en el historiador español del siglo XVII José Pellicer de Osaun, quien no tuvo inconveniente en falsificar un documento dirigido a Carlos el Calvo para defenderla.

Al margen de la identidad de los atacantes se ha discutido vivamente acerca del lugar en el que ocurrió la batalla. Robert Fawtier³³ y Joseph Bedier³⁴ creen que fue en el puerto de Belate. Arturo Campión³⁵, por su parte, se inclina por Valcarlos. Antonio

²⁹ Ramón Menéndez Pidal, *La Chanson de Roland y el neotradicionalismo (orígenes de la épica románica)*, Espasa-Calpe, Madrid, 1959. Cabe mencionar que Menéndez Pidal incluyó un apéndice con las principales fuentes en torno a la batalla (pp. 469 y ss).

³⁰ Cfr. Juan Fernando Amador de los Ríos, *Historia de la Edad Media*, Imp. Velandía, Pamplona, 1911, p. 131.

³¹ Cfr. Èvariste Lévi-Provençal, *España musulmana hasta la caída del Califato de Córdoba*, en R. Menéndez Pidal dir., *Historia de España, op. cit.*, tomo IV.

³² De esta misma opinión es J. del Burgo, que distingue a los navarros de los atacantes, cfr. *Historia de Navarra, op. cit.*, pp. 385 y ss.

³³ Robert Fawtier, *La Chanson de Roland. Étude historique*, E. de Boccard, Paris, 1933.

³⁴ Cfr. P. Narbaitz, *op. cit.*, p. 83.

³⁵ A. Campión, “La Canción de Roldán”, en *Fantasia y realidad*, Ediciones y Libros, Pamplona, 1972.

Ubieto Arteta³⁶ propone el lugar de Siresa, en el valle de Hecho (Huesca), y Rita Lejeune, por último, el puerto de Perthus, en Perpignan³⁷.

Amén de estas discusiones, y de otras cuestiones menos relevantes para nuestro análisis como la fecha del encuentro³⁸, uno de los puntos más controvertidos ha sido el de la importancia de la batalla. Los textos más cercanos a la *Chanson* y a la versión de Jiménez de Rada resaltaron las dimensiones de la derrota, pero en fechas más recientes la mayor parte de los historiadores consideraba que aquélla debía haber sido muy escasa. Jullien Vinson, por ejemplo, entiende que se trató de un “episodio histórico, de levísima importancia”, en el que los vascos “saquearon los bagajes de la retaguardia franca”³⁹. En 1933, sin embargo, Robert Fawtier⁴⁰ publicó un decisivo trabajo sobre Roncesvalles en el que subrayaba la magnitud del descalabro franco. Hoy los historiadores, si bien consideran que la *Chanson* exageró la derrota, admiten por lo común que el hecho tuvo una gran resonancia en la sociedad carolingia.

Los textos en torno a la batalla de Roncesvalles de los que vamos a ocuparnos aquí no se inscriben sino parcialmente dentro de estas polémicas. Es cierto que todos ellos toman partido por una versión de la lucha, la que hemos llamado por sencillez “navarra”, y que en ese sentido rechazan implícitamente las demás hipótesis. Nadie admitirá en Navarra la historia de la *Chanson* o que la batalla fuese un mero acto de latrocinio. Sin embargo, la adhesión a la versión local no recoge las polémicas ni participa sino débilmente en ellas. A este respecto, las menciones a los autores “rivales” son muy escasas, casi inexistentes, y éstas en ningún caso dan cuenta de las dimensiones del debate. En este sentido no encontraremos casi referencias a textos contemporáneos y sí críticas a la leyenda de Bernardo del Carpio, cuando apenas nadie sostenía su veracidad, cuando no era un enemigo real. Por otro lado, la inmensa mayoría de los escritos de las letras navarras a propósito de la batalla no trasciende del ámbito estrictamente local. Nuestros autores no son citados por los historiadores profesionales ni pueden serlo: no tienen capacidad como para aportar argumentos relevantes,

³⁶ Cfr. A. Ubieto Arteta, “La derrota de Carlomagno y la ‘Chanson de Roland’”, en *Hispania*, vol. 23, 1963.

³⁷ Cfr. P. Narbaitz, *op. cit.*, pp. 80-81.

³⁸ A partir de que Weflin hallara hacia 1870 el epitafio de Aggiardo en la Biblioteca Nacional de París, la mayor parte de los eruditos admite la fecha del 15 de agosto de 778, si bien no faltan quienes creen que el epitafio es muy posterior a la muerte del cortesano franco. A este respecto cfr. José María Lacarra, “El día de la batalla de Roncesvalles”, en *Príncipe de Viana*, nº 4, 1941.

³⁹ J. Vinson, *Les Basques et le Pays Basque*, citado por B. de Estella, *op. cit.*, p. 67.

⁴⁰ R. Fawtier, *op. cit.*

releyendo una fuente antigua o descubriendo otra. En definitiva, aunque se inscriben parcialmente en la polémica, en el sentido expresado, no participan sino levemente de ella, en cuanto ni sus escritos están concebidos para hacerlo, ni llegan a ser discutidos, ni podemos reconocer en sus páginas más que levísimas huellas de los debates historiográficos. Sólo José M^a Lacarra y Arturo Campión representan excepciones a esta realidad y, en este último caso, parcialmente. El trabajo del resto de autores no consiste en discutir “científicamente”, sino más bien en ilustrar, en dar forma literaria, a la versión “navarra” a la que se adhieren sin demasiados elementos de juicio, por simple regionalismo. Nos equivocáramos si tratáramos de dar cuenta preferente de los relatos de la batalla en la literatura navarra a partir de su enfrentamiento con otras teorías. La pugna erudita es aquí completamente secundaria.

Ello no significa que todos los escritores locales repitan exactamente lo mismo. La versión histórica de la batalla, *los datos*, son esencialmente idénticos, pero *el relato* que se ofrece no lo es. Las diferencias con el texto moretiano tal vez puedan juzgarse de matiz desde una perspectiva historiográfica, pero no si se atiende a sus connotaciones ideológicas.

Los relatos de nuestro interés, en efecto, se inscriben en otro juego de significados que el del debate científico. Mientras los textos históricos giran en torno al lugar de la batalla, etc., los textos navarros giran en torno a la belicosidad de los vascones como respuesta a las maniobras invasoras del Extraño. A nuestro modo de ver este hecho sitúa a la batalla de Roncesvalles como un momento paradigmático del *saltus Vasconum*. Ello no significa que cuantos escritos se han ocupado de la batalla de Roncesvalles sostengan una concepción aislacionista y agónica de Navarra puesto que, como advertimos en su lugar, los textos pueden incorporar elementos de ambas tramas y éstas subsumir fragmentos de su rival resolviéndolos dentro de su propia visión de la identidad. Con todo, la mayoría de nuestros autores tanto euskaros como nacionalistas y navarristas ha coincidido en una narración muy similar del evento.

El primero de nuestros textos constituye una relativa excepción a las dos afirmaciones anteriores -esto es, la de la posición externa a los debates historiográficos y la de la pertenencia al *saltus*-. Se trata del relato que hizo de la batalla Hilario Sarasa en su libro *Roncesvalles. Reseña histórica*⁴¹, de 1878. La excepción, con todo, es relativa. En lo que se refiere al primer punto, Sarasa “polemiza” con el padre Mariana,

⁴¹ Hilario Sarasa, *Roncesvalles. Reseña histórica de su real casa y Descripción de su contorno*, Imp. Provincial a cargo de V. Cantera, Pamplona, 1878.

muerto hacía más de dos siglos y medio, y lo hace repitiendo los argumentos del padre Moret, muerto a su vez en 1687. Por tanto Sarasa se limita a recoger una vieja controversia.

En lo que se refiere al segundo punto, en principio Sarasa comprende la batalla de Roncesvalles a la vez como una gloria de los “Vascones Navarros”⁴² y de España⁴³. Esta no es una mera fórmula retórica y, de hecho, el nacionalismo español es patente en la mayor parte del libro⁴⁴. En ese sentido, en cuanto su vasquismo se encuentra subordinado a su sentimiento español, podría parecer que su relato de la batalla se acercaría a la trama del *ager*. Los vascones actuarían como guardianes de España frente a las invasiones francesas. En definitiva, estaríamos ante una variación del discurso euskaro. Sin embargo, si separamos las páginas dedicadas exclusivamente a describir la batalla del resto del libro, esta inclinación se vuelve mucho menos evidente. En realidad el referente español, tan presente en el resto del texto, desaparece y el rasgo más remarcable resulta ser la inaudita fiereza de los montañeses navarros: los francos están ‘acostumbrados a vencer’⁴⁵ y luchan valerosamente, ‘hacen esfuerzos colosales, sobrehumanos’⁴⁶. Además aventajan a los vascos en número y armamento. Sin embargo, la cólera de éstos últimos ‘los hace invencibles’⁴⁷. Los soldados de Carlomagno, escribe Sarasa, son ‘víctimas del furor implacable de los Navarros. Más que derrota fue matanza la que allí tuvo lugar’⁴⁸.

El mismo año que Sarasa editaba su libro, Arturo Campión publicó en la *Revista Euskara* una brevísima balada en vascuence titulada “Orreaga”⁴⁹, uno de los nombres vascos de Roncesvalles. Campión no dominaba todavía el vascuence, que había comenzado a estudiar hacía unos ocho meses, de manera que cometió algunas incorrecciones gramaticales y ortográficas⁵⁰. Pero ello no impidió el éxito del escrito.

⁴² *Ibidem*, p. 40.

⁴³ Cfr. *Ibidem*, p. 163, en donde habla del ‘León Español desgarrando en aquellas gargantas el flamígero manto del Rey de los Francos’.

⁴⁴ Cfr. *Ibidem*, pp. 141, 144 y 146. El autor presenta a los franceses intentando constantemente invadir España.

⁴⁵ *Ibidem*, pp. 44-45.

⁴⁶ *Ibidem*.

⁴⁷ *Ibidem*.

⁴⁸ *Ibidem*, p. 45.

⁴⁹ Arturo Campión, “Orreaga”, en *Revista Euskara*, 1878.

⁵⁰ Ello fue la causa, según el propio autor, de la ‘viciosa ortografía’ e ‘incorrecciones del lenguaje’. Cfr. “Orreaga”, en A. Campión, *Euskariana. Parte I., op. cit.*

Ligeramente retocado, “Orreaga” sirvió como hipertexto para un estudio de veinte dialectos del euskera en 1880⁵¹. Apareció de nuevo en 1896 y 1934⁵². Ese año fue leído por Juaristi, en los polémicos actos conmemorativos del descubrimiento del Manuscrito de Oxford. En 1978, por último, Pierre Narbaitz lo incluyó en su obra a propósito de la batalla, con versiones al francés, inglés, alemán, español y cuatro dialectos vascos⁵³.

La propia estructura de la balada presenta un notable interés. En los ocho párrafos que la componen Campi3n no se ocupa directamente del combate, sino s3lo de su prólogo y de su ep3logo. El lapso de tiempo que contiene la lucha se encuentra vac3o. Ello nos indica hasta qu3 punto el acontecimiento puramente militar ha sido dado por sabido, hasta qu3 punto no necesita narrarse porque su desarrollo es ya sobradamente conocido por su autor y los lectores ideales para los que escribe.

Los siete primeros párrafos nos muestran a las tropas francas pasando la noche en Espinal, mientras los vascos les esperan en silencio en Ibañeta, afilando sus hachas y dardos. Los lobos aúllan en la oscuridad. El príncipe Carlomagno presiente algo, le invade una inexplicable inquietud que le impide conciliar el sueño. Cree escuchar a lo lejos un sordo rumor y, angustiado, pregunta sucesivamente por su origen a su paje, a Roldán y al arzobispo Turpín. El primero le dice que son las hojas del Irati, el segundo que es el llanto de la tierra vasca que se acuerda de los franceses. Carlomagno pregunta una tercera vez, pero el paje y Roldán han caído dormidos. Solamente permanece en vela, rezando, el arzobispo Turpín, que responde al emperador:

“-Jauna - dió Turpín onac-, errezatu zazu, errezatu zazu nerequin. Abarrots au Euscal-Errico alayua dá, eta gaiür dá gure aomenaren azqueneco eguna.”⁵⁴

⁵¹ Arturo Campi3n, *Orreaga (Roncesvalles). Balada escrita en el dialecto guipuzcoano*, Imp. y Lib. de J. Lorda, Pamplona, 1880. Entre las tres versiones reseñadas de “Orreaga” hay pequeñas diferencias, especialmente entre esta última y las anteriores, tanto en la versi3n en vascuence como en su traducci3n castellana. Las más significativas modificaciones de la versi3n vasca afectan a la ortografía, a ciertas inversiones sintácticas (v. g.: “Erregue Carlomano” -en la de 1878- por “Karlomano Errege” -en 1880-) y al vocabulario (v.g.: “alayúa” -en 1878- por “kantuba” -en 1880-). Por nuestra parte nos basaremos en la primera versi3n de 1878. La traducci3n castellana sufrió variaciones menores. Nos ceñiremos también a la de 1878, si bien cuando consideremos que la traducci3n no es literal añañiremos una traducci3n propia.

⁵² Todas las ediciones de “Orreaga”, incluyendo las que fueron apareciendo en la *Revista Euskara*, pueden verse en J. Bilbao, *Eusko Bibliographia, op. cit.*

⁵³ P. Narbaitz, *op. cit.*, pp. 166-177. Posiblemente por errata Narbaitz parece situar el origen de la balada en 1850.

⁵⁴ Arturo Campi3n, “Orreaga”, en *Revista Euskara*, 1878, p. 11. Tr: “Señor, -dijo el buen Turpín,- rezad, rezad conmigo. Ese estruendo es el canto de guerra de Vasconia, y hoy es el último día de nuestra gloria” (*Ibidem*, p. 13).

En el párrafo siguiente, el octavo y último, el sol brilla en la montaña. Carlomagno huye derrotado. Las mujeres y los niños vascos, en cambio, celebran la victoria de los suyos.

“*Erbesteric ez dá Euscal-errian, eta menditarren deadar ta pozezco irrintziac eltzen dirá cerubetaraño.*”⁵⁵

Campión juega magistralmente con el silencio y los gritos de los montañeses. Antes de la batalla guardan un silencio sepulcral. Sólo los enemigos hablan, sólo ellos aparecen. Los vascos están ausentes, son únicamente un rumor emboscado en los oídos de Carlomagno, unas manos que afilan dardos y hachas, apenas una frase que se repite textualmente tres veces entre todas las demás dedicadas a presentar a sus rivales. No son héroes nombrables, individuos como Turpín, Roldán y Carlomagno. Simplemente son “*Euscaldunac*”⁵⁶, los vascos. Después de la victoria, son sus enemigos quienes están ausentes. Sabemos que los han matado, no es necesario declararlo. “*Erbesteric ez dá Euscal-errian*”. Sólo uno, su jefe, ha sobrevivido y huye en silencio. Mientras, los vencedores bailan y gritan alegremente.

En 1876, un poco antes de que Campión escribiera su balada, Hermilio de Olóriz escribió un romance titulado “*Roncesvalles*”⁵⁷. Seis años más tarde, en 1882, el propio Olóriz ganó uno de los premios del Certamen científico-literario convocado por el Ayuntamiento de Pamplona, con otro poema de igual título y tema⁵⁸. Ese mismo año Alberto Cayuela Pellizzari publicó otro poema titulado *La Rota de Roncesvalles*⁵⁹. Esta abundancia de escritos en fechas tan próximas puede darnos una idea de la importancia de la batalla en la literatura navarra del último cuarto del siglo XIX.

El “*Roncesvalles*” de 1876 de Olóriz consta de ocho cuadros. En el primero los francos atraviesan Vasconia como amigos, mientras un anciano vasco pide a la Patria que despierte.

⁵⁵ *Ibidem*. Tr: “Ya no hay extranjeros en Vasconia, y hasta el cielo sube el *irrinz* de los montañeses” (*Ibidem*, p. 13). Literalmente: “hasta el cielo llegan los gritos e *irrintzis* de alegría de los montañeses” (la palabra “alayúa” ya no aparece en los diccionarios actuales con la significación de grito).

⁵⁶ *Ibidem*.

⁵⁷ H. de Olóriz, “*Roncesvalles*”, en *El Romancero de Navarra*, *op. cit.*

⁵⁸ H. de Olóriz, “*Roncesvalles*” en *Ayuntamiento de Pamplona. Certamen Literario 1882*, Imp. Joaquín Lorda, Pamplona, 1882. Recogido posteriormente con pequeñas modificaciones en *Ecos de mi Patria Leyendas y poesías*, Imp. Provincial, Pamplona, 1900.

⁵⁹ A. Cayuela Pellizzari, *La Rota de Roncesvalles*, *op.cit.*

‘Despierta, oh patria! Despierta,
Y hecha un volcán, un incendio,
Abrasa y destruye a Carlos,
Que va a encadenar tu cuello.
Si mueres en la pelea
con dignidades habrás muerto
¡Pero no vivas esclava
Tú, que no tuviste dueño!’⁶⁰

Desde la mentalidad de Olóriz, no es posible que los extranjeros pasen por Vasconia sin causarle un perjuicio. A pesar de sus apariencias amistosas, forzosamente pretenden esclavizarla. Por eso derriban las murallas de Pamplona en cuanto tienen ocasión. Entonces se pone de manifiesto la necesidad de una respuesta contundente. El segundo cuadro muestra precisamente a Iñigo Arista, a la vista de las ruinas de Pamplona, prometiéndole venganza.

‘Muerte dicen los rugidos
Que de su pecho se escapan
Y su rostro dice muerte
Lo mismo que su mirada.’⁶¹

El siguiente cuadro presenta al príncipe Arista meditando cómo llevar a cabo su revancha. El cuarto incluye la arenga que el príncipe dirige a sus tropas, emboscadas en la oscuridad. El quinto cuadro describe la despedida de un enamorado que parte a combatir por Vasconia.

‘¡Los franceses nos han vendido,
de nuestra amistad se mofan!’⁶²

El cuadro sexto se centra en la batalla, que es descrita en términos muy duros. Los vascos lapidan a los francos que, a diferencia de lo que ocurría con Sarasa, apenas

⁶⁰ H. de Olóriz, “Roncesvalles”(1876), *op. cit.*, p. 20.

⁶¹ *Ibidem*, p. 23.

⁶² *Ibidem*, p. 35.

resisten la acometida. Los dos últimos cuadros, que muestran el paisaje después de la batalla, insisten en esta misma crudeza:

‘Se ven desmembrados troncos,
Y cercenadas cabezas,
Todo inmóvil, todo muerto,
Todo espanto de la tierra.’⁶³

Sólo Carlomagno consigue volver a Francia, merced a una vergonzosa huida. Su ambición ha provocado la tragedia. El poema termina con una advertencia:

‘¡Ay del que ambiciones sueñe
Y a la Vasconia se atreva
Que habrán de ser otros tantos
Roncesvalles, cada selva!’⁶⁴

El “Roncesvalles”⁶⁵ de 1882 coincide a grandes rasgos con el de 1876, si bien el príncipe Arista ha desaparecido de la batalla⁶⁶. No nos interesa ahora reparar en su estructura, sino destacar la violencia de las imágenes. Los “vascos indomables”⁶⁷, en efecto, se lanzan sobre sus enemigos en “furioso griterío”⁶⁸. Con “peñas arrancadas de cuajo”⁶⁹ lapidan a los francos con “furia horrible”⁷⁰ y “feroz coraje”⁷¹. Es un “horrible espectáculo”⁷², un verdadero “esterminio”⁷³. ‘Nunca la muerte con tanta furia se cernió

⁶³ *Ibidem*, p. 45.

⁶⁴ *Ibidem*, p. 47.

⁶⁵ H. de Olóriz, “Roncesvalles”, en *Ecos de mi Patria*, *op. cit.*

⁶⁶ Con todo, en 1887, en el *Resumen histórico* (*op. cit.*) Olóriz continúa situando la batalla en el reinado de Arista. Por cierto que también destaca “la tremenda furia de los euskaros” (*ibidem*, p. 20).

⁶⁷ H. de Olóriz, “Roncesvalles” (1882), *op. cit.*, p. 17.

⁶⁸ *Ibidem*, p. 12.

⁶⁹ *Ibidem*, p. 10.

⁷⁰ *Ibidem*, p. 18.

⁷¹ *Ibidem*, p. 16.

⁷² *Ibidem*, p. 10.

⁷³ *Ibidem*, p. 20.

en los aires”⁷⁴. Los escasos supervivientes son rematados a hachazos por el ‘temible vascón’⁷⁵.

“Al formidable golpe de la *aizcora*
sin vida caerán los que aun alientan”⁷⁶

Nuevamente contemplamos al ‘soberbio Emperador’⁷⁷ huyendo para conservar la vida. El paisaje posterior a la batalla es también espeluznante: ‘Ríos de sangre inundan la pradera’⁷⁸. El final del poema, por último, recuerda mucho al de 1876 e incluye una advertencia dirigida a Carlomagno y, genéricamente, a todo extranjero:

{[Si] Decides retornar con tus legiones
Al euskaro país en son de guerra
¡Contra el fuerte león no mandes lobos...
O será un Roncesvalles cada selva!”⁷⁹

*La Rota de Roncesvalles*⁸⁰ de Alberto Cayuela Pellizari también hace varias referencias a la “ciega altivez”⁸¹ de Carlomagno y a la condición “extranjera” de los invasores⁸². Cayuela no hace ninguna alusión a un posible contenido religioso de la expedición franca. El emperador es presentado como un “tirano” que sueña con “esclavizar el mundo” y “oprimir la tierra toda”⁸³. Su ambición se dirige simplemente a conquistar Iberia. Pero frente a su poderío surge la “sed de libertad”⁸⁴ de los vascos. En este contexto, los Pirineos, “la montaña gigante”⁸⁵, aparecen identificados con los propios vascones, hasta el punto que la derrota franca la causan tanto unos como otros.

⁷⁴ *Ibidem*, p. 18.

⁷⁵ *Ibidem*, p. 17.

⁷⁶ *Ibidem*, p. 11. Cursivas suyas.

⁷⁷ *Ibidem*.

⁷⁸ *Ibidem*, p. 56.

⁷⁹ *Ibidem*, p. 57. El corchete es mío.

⁸⁰ A. Cayuela, *op. cit.*

⁸¹ *Ibidem*, p. 8.

⁸² *Ibidem*, p. 25.

⁸³ *Ibidem*.

⁸⁴ *Ibidem*, p. 10.

⁸⁵ *Ibidem*, p. 9.

Como en el caso de Olóriz, el rasgo más llamativo del poema es precisamente la insistencia en la belicosidad de los vascones, rayana con el salvajismo. Los vascos, en efecto, no sólo son ‘temibles’⁸⁶ e ‘indomables’⁸⁷, sino que muestran una ‘furia horrible’⁸⁸. El ‘montañés’ está ‘sediento de atroz venganza y de extranjera sangre’⁸⁹. Su consigna es justamente: ‘Antes morir que envilecer su sangre’⁹⁰.

La brutalidad del choque y el feroz comportamiento de los antepasados se expresa en los tres poemas anteriores por medio de los alaridos de los montañeses. Los vascones del poema de Olóriz de 1876 dan ‘gritos de muerte’⁹¹; en el ‘Roncesvalles’ de 1882 caen sobre los francos con un ‘furioso griterío’⁹². En el escrito de Alberto Cayuela, por último, los gritos de los atacantes marcan incluso el *punctum* del poema⁹³. Iturralde y Suit, con una maestría innegable, ofrece precisamente en uno de sus cuentos una versión ‘ciega’ de la batalla, sin imágenes, con sólo los gritos y los fragores del combate en Altobizkar⁹⁴. Esta coincidencia no representa un aspecto exclusivamente literario ni tampoco una circunstancia meramente anecdótica que podamos desdeñar. Los gritos de los vascones constituyen el atributo más visible de su condición indómita.

La respuesta brutal, aunque heroica, de los navarros ante los francos no es una característica exclusiva de los escritos de euskaros como Cayuela, Iturralde y Olóriz. Al contrario, aparece con claridad en la mayor parte de los relatos en torno a la batalla. Por ejemplo en la novela inédita del nacionalista Bernardo Estornés Lasa *Jimena o los vascos en el siglo VIII*⁹⁵. ‘Envueltos en pieles de oso’⁹⁶ los vascones divisan, escondidos en los montes, el paso del ejército franco:

⁸⁶ *Ibidem*, p. 17.

⁸⁷ *Ibidem*.

⁸⁸ *Ibidem*, p. 18.

⁸⁹ *Ibidem*, p. 16.

⁹⁰ *Ibidem*, p. 21.

⁹¹ H. de Olóriz, ‘Roncesvalles’(1876), *op. cit.*, p. 31.

⁹² H. de Olóriz, ‘Roncesvalles’, en *Ecos de mi Patria, op. cit.*, p. 56.

⁹³ A. Cayuela, *op. cit.* : ‘De montaña en montaña un sólo grito’ (p. 15); ‘el grito de Vasconia’ (p. 17); ‘grito vengador de la bravura’(p. 13); ‘grito que ensordece el aire’(p. 16); ‘el estruendo en Altoviscar crece’ (p. 18); ‘En los labios el grito ya enardece’(p. 20). Para la noción de *punctum*, cfr. Roland Barthes, *La cámara lúcida. Nota sobre la fotografía*, Paidós, Barcelona, 1990, pp. 60 y ss., y pp. 100 y ss.

⁹⁴ Juan Iturralde y Suit, ‘La batalla de los muertos’, en *Obras*, vol. I, *op. cit.* El cuento narra cómo una noche de un 15 de agosto un viajero, que actúa de narrador, llega a Orreaga. Allí escucha una leyenda según la cual cada aniversario de la batalla se pueden oír los ruidos del combate en Altobiskar.

⁹⁵ B. Estornés reproduce algunas páginas de ella en *Erronkari, op. cit.*, pp. 25 y ss.

⁹⁶ *Ibidem*, p. 26.

“¡Qué bosques de lanzas! ¡Qué de banderas de diversos colores! ¡Cómo brillan las armas! ¡Cuántos son mozo? Cuéntalos bien: uno, dos, tres, cinco, veinte, ciento, mil, miles.”⁹⁷

En absoluto silencio, aguardan a que el enemigo llegue al lugar indicado. Y entonces:

“¡ Irrinz, iirriinz, iirriinz....! [sic]

Sonó el agudo grito de guerra de los montañeses, acompañado de estrépito infernal de cuernos de asta y gritos y alaridos; echaron a rodar enormes piedras, rodearon monte abajo los peñascos, se llenó el desfiladero de muertos, y bajaron con sus cuchillos sedientos de sangre enemiga; salió el sol; relucían aceros ensangrentados, y a medida que los francos pasaban iban siendo degollados; el ruido sólo era comparable a un infierno: gritos descompasados, gemidos y alaridos de rabia, se mezclaban y confundían en un vocerío imposible de imaginar; los barrancos semejabán ríos de sangre, pues en sus aguas bajaban mezcladas la sangre navarra y francesa.”⁹⁸

Anteriormente hemos advertido que no todos los textos repetían punto por punto la misma versión de la batalla. Manuel Iribarren Paternáin, por ejemplo, afirma que Carlomagno liberó Pamplona de los moros, camino a Zaragoza. Alejo Sorbet Ayanz⁹⁹, por su parte, se muestra llamativamente benigno con la figura del emperador franco y destaca la finalidad religiosa de su expedición a España. Sin embargo, es cierto que estas diferencias son menores. En todo caso, y de manera casi unánime, los textos hacen hincapié en la dureza de la represalia vascona tras haber sufrido la agresión extranjera. El propio Iribarren escribe poco más adelante:

“Resentidos los vascones por estas y otras ofensas -la más intolerable, aquella conculcación, siquiera fuese temporal, de su territorio- y ansiosos de venganza se apostaron en las rocosas y selváticas cumbres [...].”¹⁰⁰

⁹⁷ *Ibidem*.

⁹⁸ *Ibidem*, pp. 26-27.

⁹⁹ A. Sorbet, *op. cit.*.

¹⁰⁰ M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*, p. 155.

En el momento propicio los vascones lanzan a los francos “una avalancha de pedruscos y gritos guturales”¹⁰¹. Dan “bravos irrintzis”¹⁰². Son hombres “resueltos a matar y a morir [...] montañeses naturales, sin refuerzo de moros ni ayuda de otras gentes aliadas”¹⁰³.

La batalla de Roncesvalles es con toda seguridad la más célebre de cuantas luchas sostuvieron los antepasados en los tiempos primigenios. Pero hay otras batallas en las que los escritores navarros han enfatizado la belicosidad, significativamente cercana al salvajismo, de los vascones como respuesta a los intentos dominadores del Extranjero. Así, los defensores de *Calahorra*¹⁰⁴ de Olóriz prefieren morir a someterse a los romanos. Los sitiadores, admirados del valor de sus contrincantes, conminan al último superviviente a rendirse. Éste se niega, advirtiendo a los romanos:

“Os diré que cada pueblo
cada selva , cada valle
de Vasconia, un Calahorra
será contra vuestros haces.”¹⁰⁵

Otro tanto sucede con otros poemas de Olóriz como “Olant”¹⁰⁶ y “Pamplona”¹⁰⁷. Arturo Cayuela, por su parte, abunda en este retrato de los vascones en su obra *La Derrota de Olast*¹⁰⁸. Ésta nos muestra a los navarros del siglo VIII viviendo pacífica y libremente, labrando el suelo y cuidando de su ganado. Entonces irrumpe el Extraño, en esta ocasión los musulmanes, con la intención de sojuzgarlos. Esto provoca su desmesurada respuesta.

¹⁰¹ *Ibidem*.

¹⁰² *Ibidem*, p. 156.

¹⁰³ *Ibidem*.

¹⁰⁴ H. de Olóriz, *Calahorra*, *op. cit.*

¹⁰⁵ *Ibidem*, p. 35.

¹⁰⁶ H. de Olóriz, “Olant”, dentro del *Romancero de Navarra*, *op. cit.*

¹⁰⁷ H. de Olóriz, “Pamplona”, dentro del *Romancero de Navarra*, *op. cit.* Los últimos versos de este poema podrían haber servido para concluir cualquiera de los otros citados: “Y si a cambiar nuestros usos/ Viene un día el extranjero/ Verá que Navarra sabe/ Morir, pero no perderlos.” (*Ibidem*, p. 110).

¹⁰⁸ Alberto Cayuela Pellizzari, *La Derrota de Olast. Canto épico*, R. Bescansa, Pamplona, 1886.

‘Pacífica ya ves, abre los surcos
del fértil suelo en que la mies dorada
fructifica y sazona, y se convierte
en grano rico que el comercio aguarda
pero ¡guay! si, insolente, la provoca
quien necio sueña reducirla a esclava;
¡guay! del que torpe, sus montañas pise
y sus valles poéticos invada
pues entonces, sumisa, ya la reja
del fuerte arado se convierte en lanza
y ese es del hierro de las razas libres
el que mejor su independencia salva.’¹⁰⁹

En la misma línea, Estanislao de Aranzadi¹¹⁰ señala que el pueblo vasco es el “más pacífico de la tierra” pero que, cuando tiene que luchar, lo hace sin miedo pues la guerra es “un verdadero sport en sus montañas”¹¹¹. Julio Altadill, por su parte, habla de “aquellos guerreros invencibles de Olast, Deyo y Roncesvalles” y de “sus homéricas luchas e inmarcables victorias en pro de la patria independencia”¹¹². Los navarros que combaten en Atapuerca, según Ignacio Mena, por último, son “fieras hidrópicas de sangre”¹¹³.

Ciñéndonos de nuevo a los relatos en torno a la batalla de Roncesvalles, es preciso remarcar que la batalla, aunque primordialmente perteneciente al *saltus*, admite una relectura en clave españolista que la acerca al *ager*. El hecho, que en apariencia puede resultar confuso, no es sino una expresión de la capacidad de cada trama para subsumir elementos de su contraria. Ya hemos visto un ejemplo de este fenómeno en Sarasa. Otra muestra nos la proporciona el folleto anteriormente citado de Victoriano Juaristi, *Roncesvalles y la Canción de Roldán*¹¹⁴. Bien es cierto que Juaristi no efectúa

¹⁰⁹ *Ibidem*, pp. 11-12. Merecen citarse también por su expresividad los últimos versos de otro poema de Cayuela, *El paladín de las Navas* (s.l., 1891, p. 79): “Si acaso el muslim un día / vuelve, airado, a dar pretexto / a que Vasconia levante / sus pendones y su ejército; / si alguna raza del mundo / transpasando el Pirineo / loca intenta arrebatarlos / la libertad y los fueros / que veneramos, entonces / yo iré a tu altar; sin recelo / ceñiré otra vez la espada / de que, hoy, desnudo me veo; / y con nuevo ardor y brío / con rabia y ánimos nuevos / la esgrimiré poderosa / por mi Dios y por mi pueblo.” *Cursivas suyas*.

¹¹⁰ E. de Aranzadi, *Reconstitución*, *op. cit.*

¹¹¹ *Ibidem*, pp. 25-26.

¹¹² J. Altadill, *Geografía general*, *op. cit.*, p. 289.

¹¹³ Ignacio Mena y Sobrino, *La batalla de Atapuerca. Ensayo literario*, Imp. de Istúriz, Pamplona, 1883, p. 60.

¹¹⁴ V. Juaristi, *Roncesvalles*, *op. cit.*

directamente la lectura, sino que lo hace indirectamente, citando aprobadoramente a Carlos Fernández Cuenca. Reparemos en que Juaristi incorpora lo más esencial de la versión moretiana: son los vascones solos quienes causan la derrota franca como respuesta a su agresión. Pero, a diferencia de lo que sucedía con Olóriz, ya no luchan por su independencia sino por la de toda España.

“[...] la compleja cuestión de los orígenes de la Monarquía navarra hallan esclarecimiento en esta acción heroica de *los vascos, movidos por un noble ideal españolista*, contra el designio conquistador del gran señor de Europa.”¹¹⁵

*La Batalla de Roncesvalles*¹¹⁶ de Agapito Martínez Alegría constituye un contrapunto interesante en esta constelación de textos en torno a la derrota de Carlomagno. El autor, canónigo de la Colegiata de Orreaga, pretendía “poner un sillar en la sólida reconstrucción de la historia de Roncesvalles que es la historia de Navarra y por ende la historia de España”¹¹⁷. A pesar de esta rotunda declaración, desde el punto de vista ideológico la filiación del texto es poco clara, al menos en relación con los debates contemporáneos. Martínez Alegría hace gala de un claro vasquismo a través de sus aprobadoras citas a Arturo Campión y de las referencias a “las siete regiones que componen Euskalerría”¹¹⁸ y a la “preciosa lengua de Aitor”¹¹⁹. En este sentido hay dos notas que llaman poderosamente la atención del lector: la reproducción del canto de Altobiskar, no obstante su reconocida falsedad, y la singular traducción de un fragmento de *De Bello Civili* de César, que describiría a los “Euskarianos”¹²⁰. Pero todos estos detalles, que nos harían pensar en una adscripción nacionalista de su autor, se cruzan con otros que sugieren un posicionamiento navarrista. Así, al margen de la declaración inicial, destaca cómo el reino de Navarra dio un monarca que fue “Rey de los Reyes de España”¹²¹. Además cabe recordar que el canónigo Martínez Alegría fue una de las pocas personalidades que salió en defensa de Victoriano Juaristi con ocasión de la

¹¹⁵ *Ibidem*, p. 14. Juaristi no especifica de dónde toma la cita. Las cursivas son mías. Cfr. J. M. Iribarren, “Navarra Foral y Española”, *op. cit.*, p. 171: “aquellos montañeses [...] servían, sin saberlo, un ideal nacionalista: ‘el de defender para España el valladar, blanco y azul, de la cordillera’.”

¹¹⁶ A. Martínez Alegría, *op. cit.*

¹¹⁷ *Ibidem*, p. 15.

¹¹⁸ *Ibidem*, p. 36.

¹¹⁹ *Ibidem*, p. 71.

¹²⁰ *Ibidem*, p. 64.

¹²¹ *Ibidem*, p. 38.

“Roldanada” de 1934¹²². En lo que atañe a la relación de la batalla de Roncesvalles se advierte una similar ambigüedad. Por un lado, el autor declara su intención de distinguir la historia de la leyenda y el folklore, algo que se traduce en un afán por describir minuciosamente y concretar los lugares y desarrollos de la lucha, pero por otro lado ello no impide que Roncesvalles aparezca como el “teatro de la jornada épica, que inmortalizó a Vasconia”¹²³. De hecho, Martínez Alegría afirma que “el ideal de los vascos” fue el de “conservarse libres del yugo extranjero”¹²⁴. La declaración de intenciones científica sostiene una intención mitologizante y echa mano de datos completamente fantásticos. Esta circunstancia se evidencia de nuevo en el paralelismo que establece entre la batalla y las luchas por la independencia española de principios del XIX.

‘Su estrategia [la de los vascones] fue la guerrilla; y de aquestos guerrilleros, fueron émulos gloriosos sus sucesores a principios del siglo pasado, en la guerra de la independencia, en la cual cada desfiladero de Navarra se convirtió en un Roncesvalles, Espoz y Mina fue el etxejoauna del siglo XIX, que hizo resonar el cuerno de guerra, en los valles de la actual Vasconia y los triunfos del Carlo-Magno moderno se nublaron otra vez para siempre en las montañas de Navarra.’¹²⁵

Por otro lado, aun manteniéndose a grandes rasgos dentro de la “versión navarra”, la literatura local ha ido modificando al hilo de las nuevas versiones de la historia “científica” algunos de los elementos narrativos de la batalla. Así, se admite la existencia de dos contiendas, se excluye de ellas a reyes como Arista o García Íñiguez, se reduce el número de enemigos derrotados, etc. Esto podría sugerir un retroceso del mito en favor de una narración más objetiva. Sin embargo, las relaciones entre historia científica e historia mítica son mucho más complejas. Hemos podido ver ya cómo Martínez Alegría mantenía junto a una declaración de intenciones científica una manifiesta propensión al mito. De hecho, el elemento mítico parece quedar relativamente indemne ante lo científico, e incluso valerse de él como soporte para una reescritura de sí mismo.

¹²² Cfr. V. Juaristi, *Roncesvalles*, *op. cit.*, p. 7.

¹²³ A. Martínez Alegría, *op. cit.*, p. 20.

¹²⁴ *Ibidem*, p. 32.

Continuando dentro de los relatos de la batalla contra los francos, podemos comprobar más profundamente la complejidad de estas relaciones en la extensa *Historia de Roncesvalles*¹²⁶ del navarrista Javier Ibarra. En el prólogo a dicha obra Ibarra se muestra francamente positivista. Avisa al lector que en las próximas páginas no encontrará leyendas sino el “prosaico tamiz de la crítica histórica”¹²⁷. En cierto modo Ibarra cumple su promesa: desbarata las fábulas relativas a la fundación del hospital por Carlomagno -que describe como un mero truco para promover las peregrinaciones¹²⁸-, la erección de la cruz por parte del propio monarca, la conservación de la espada de Roldán en Madrid y de las babuchas de Turpín en la Colegiata, etc. Todas estas historias, recogidas por algunos historiadores anteriores, no son, según afirma, sino “aberraciones y ridiculeces”¹²⁹. Pero, como decimos, estas desmitificaciones, relativas sobre todo al lugar, no impiden dentro del mismo texto una reelaboración en clave ideológica más profunda del grueso del relato sobre la batalla. De este modo, a la pregunta por la identidad de los atacantes, responde:

“Son los mismos que formaron la guardia imperial del César, por su valor y fidelidad. Son los mismos que lucharon sin cesar y sin dejarse dominar, durante 400 años de dominio de los visigodos. Son los implacables héroes de la reconquista contra las falanges musulmanas durante ocho siglos, y, si son los mismos y conservan las excelsas virtudes de la raza, deben ser también los que con su invicto valor reconquisten de nuevo a España dominada y escarnecida por la infame y repugnante sociedad de la escuadra y el mandil.”¹³⁰

De hecho, la curiosidad científica de Ibarra se encuentra perceptiblemente limitada por su interés “tribal”, como navarro, por el suceso. Así, por ejemplo, cuando se hace eco de la inquietud de algunos historiadores por determinar el lugar exacto donde murió Roldán, escribe:

¹²⁵ *Ibidem*, p. 163. El corchete es mío. El Carlomagno moderno es naturalmente Napoleón.

¹²⁶ J. Ibarra, *Historia de Roncesvalles*, *op. cit.*

¹²⁷ *Ibidem*, p. 5.

¹²⁸ *Ibidem*, p. 94.

¹²⁹ *Ibidem*, p. 70.

¹³⁰ *Ibidem*, p. 21.

‘[...] ¿qué para nosotros? ¿Qué importancia puede tener para nosotros, el lugar de la muerte de un militar enemigo, que viene a luchar en plan de conquista, y es vencido ignominiosamente, casi sin poderse defender, en un callejón sin salida, por los vascos, gente humilde y sencilla, pero amante de su libertad e independencia?’

[...]

Para la historia, sobre todo la de Vasconia, no es Roldán otra cosa que un vulgar usurpador de su independencia, castigado ejemplarmente por aquélla.”¹³¹

La convivencia entre las lecturas míticas de la batalla y las investigaciones de la ciencia histórica encuentra ejemplos todavía más cercanos y por ello, en la medida en que nuestra época suele reputarse como desencantadora, todavía más valiosos. En agosto de 1955 Pamplona acoge los ‘Coloquios de Roncesvalles’, con la asistencia de importantes personalidades universitarias españolas y extranjeras. Las jornadas tienen un extraordinario eco en la prensa local¹³². Sin embargo, el contenido de las ponencias presentadas contraría notoriamente la ‘versión navarra’ de la batalla de Roncesvalles. Menéndez Pidal, la estrella de los Coloquios, reafirma su tesis de que los navarros lucharon contra el emperador Carlomagno aliados con los infieles. Además, ofrece una cifra de combatientes francos cercana a los cinco mil hombres. Ramón de Abadal, por su parte, vuelve a sostener que los autores de la derrota fueron los gascones del duque Lupo. Ninguno de los asistentes se inclina por la versión moretiana. Durante el 1200 aniversario de la batalla de las Navas, afirmaciones parecidas causaron, como veremos próximamente, un rotundo rechazo. En 1955 esto no ocurre pero, por extraño que parezca, ello no significa forzosamente que la versión oficial haya sido desterrada. De hecho, durante estos días el *Diario de Navarra* ha reproducido, con los calurosos elogios de ‘Amezitia’¹³³, parte de ‘La Canción de Roldán’¹³⁴ de Arturo Campión que viene a abundar en la versión navarra de Roncesvalles. El mismo día del aniversario de la batalla, Joaquín Arbeloa escribe en el *Diario*

¹³¹ *Ibidem*, pp. 70-71.

¹³² Cfr. los números correspondientes a los días 10 al 17 de agosto de 1955 de *Diario de Navarra, El Pensamiento Navarro y Arriba España*.

¹³³ Amezitia [pseudónimo de Raimundo García García], ‘Reflexiones. La batalla de Roncesvalles’, en *D. N.*, 14-VIII-1955.

¹³⁴ A. Campión, ‘La Canción de Roldán’, en *D. N.*, 14-VIII-1955.

“Ya basta de historia. La historia es la letra. La leyenda es el espíritu.”¹³⁵

Tal vez la versión moretiana ya no tenga el apoyo de la ciencia, pero en virtud de su funcionalidad, puede continuar repitiéndose. Arbeloa lo hace, mezclando algunos episodios de la *Chanson*, como el del olifante de Roldán, con la versión oficial, que compone el grueso de la narración. El nombre del sujeto ha cambiado parcialmente. En esta ocasión no hay mención alguna hacia los vascos o los vascones. Todas las referencias son a “los navarros” pero, como aquéllos, éstos acechan el paso de los francos “como tigres en la espesura”¹³⁶. Suena un “irrintzi”, “terrible y furibundo”¹³⁷: es “la hora salvaje de la venganza”¹³⁸. Los antepasados masacran a los franceses “como mastines rabiosos”¹³⁹.

Similarmente, “Miguel Ángel” invoca una versión mítica de la batalla en las páginas de *El Pensamiento Navarro*, aunque esta vez sí se incluye un referente vasco:

“Navarra, como parte de viejo pueblo vasco, tiene poca memoria [...]. Sin embargo, a Navarra le suena el corazón, como un eco transmitido oralmente a lo largo de los siglos, de padres a hijos, la épica batalla de las gentes del país, la victoria de los vascones contra el más brillante ejército de la época.”¹⁴⁰

Acaso fuera una lucha de sarracenos contra francos, o de gascones contra francos, como la ciencia histórica afirma. No importa; los actos se cierran el 15 de agosto, con una misa por los “españoles y franceses”¹⁴¹ muertos hace 1177 años, entre discursos que afirman la reconciliación entre los dos pueblos.

En realidad, las afirmaciones producidas en el marco de los Coloquios pasaron. La versión navarra de la batalla, por el contrario, ha perdurado a nivel popular hasta el presente. Muestra de ello son la literatura y los actos que rodearon el 1200 aniversario del suceso, en 1978. Una fecha, por tanto, algo alejada del límite que nos habíamos propuesto, pero que es necesario traer a colación en la medida en que deja ver con toda

¹³⁵ Joaquín Arbeloa, “Perfume de leyenda”, en *D. N.*, 16-VIII-1955, p. 10.

¹³⁶ *Ibidem*.

¹³⁷ *Ibidem*.

¹³⁸ *Ibidem*.

¹³⁹ *Ibidem*.

¹⁴⁰ Miguel Ángel [¿Astiz?], “Navarra es así”, en *E. P. N.*, 11-VIII-1955, p. 8.

¹⁴¹ Noticia sin título, en *D. N.*, 16-VIII-1955, p. 10.

claridad la existencia de una pugna ideológica en torno al sentido de la batalla y a la identidad de sus protagonistas.

A la convocatoria oficial de Diputación, de tono conciliador con unos enemigos derrotados hace más de mil años¹⁴², se añaden los actos del “*Arbasoen eguna*”, el día de los antepasados, convocado por el Comité Ibañeta con el apoyo de grupos políticos y colectivos nacionalistas. Los días previos a la conmemoración, los periódicos se hacen eco de los rumores que apuntan a disturbios similares a los que sucedieron en los Sanfermines de aquel año. También recogen la publicación del *Orria* del historiador vasco-continental Pierre Narbaitz, que viene a renovar la versión tradicional de la batalla desde un punto de vista vasquista: Carlomagno no combatía en una cruzada, la derrota tuvo lugar justo encima de la Colegiata, la causaron los vascones sin la ayuda de los musulmanes, y tuvo como “consecuencia” el nacimiento del reino¹⁴³. A esta actividad editorial hay que añadir la publicación por estas fechas de los 2.900 versos del *Cantar de Roncesvalles*¹⁴⁴ del veterano Bernardo Estornés. *Herri Batasuna*, por su parte, publica unos días antes del aniversario un largo comunicado de título suficientemente expresivo: “Roncesvalles: la lucha del pueblo vasco por la independencia”¹⁴⁵. Mientras, José María Jimeno Jurío aclara en las páginas de *Egin* “Los orígenes de la sublevación vasca”¹⁴⁶. El mismo día del aniversario el historiador artajonés, comentando el “silencio cultural” en que se ha sumergido la batalla, escribe: “no todos somos traidores a nuestros antepasados ni olvidamos su esfuerzo”¹⁴⁷. Esa mañana los actos del Comité Ibañeta reúnen varios miles de personas, cerca de 20.000 según la prensa. Los actos oficiales, mucho más selectos, tienen una participación sensiblemente más limitada. Los lemas se cruzan entre los asistentes a las diferentes convocatorias -“viva Navarra”, “*gora Euskadi*”, “*Nafarroa Euskadi da*”, etc.- El aniversario del acontecimiento sirve como teatro para una escenificación de los debates

¹⁴² Por lo demás, ni siquiera está claro quiénes eran los enemigos. *El Pensamiento Navarro* anuncia que se rezará un responso en euskera y alemán por “los vascos y germanos caídos en dicha batalla” (“Diversos actos folklóricos tendrán lugar en el 15 de agosto en la propia campa de Roncesvalles”, en *E. P. N.*, 1-VIII-1978, p. 10). Finalmente el responso será en francés. A este respecto merece la pena señalar que Campión vió en Roncesvalles “el último acto de la terrible lucha contra el germanismo” (cfr. *Euskariana. Décima serie, op. cit.*, p. 62).

¹⁴³ J. C., “Una versión sobre la batalla de Roncesvalles”, en *E. P. N.*, 10-VIII-1978, p. 16. Es un extracto de la obra de Pierre Narbaitz, *op. cit.*

¹⁴⁴ Bernardo Estornés Lasa, *El Cantar de Roncesvalles y otros poemas navarros*, Ed. Auñamendi, San Sebastián, 1978.

¹⁴⁵ Herri Batasuna, “Roncesvalles: La lucha del pueblo vasco por la independencia”, en *Egin*, 5-VIII-1978.

¹⁴⁶ José María Jimeno Jurío, “Los orígenes de la sublevación vasca”, en *Egin*, 10-VIII-1978.

¹⁴⁷ José María Jimeno Jurío, “Silencio cultural”, en *Egin*, 15-VIII-1978, p. 15.

políticos del momento en torno a la identidad de Navarra. La asistencia a la celebración de automóviles con matrícula vascongada provoca días después las críticas de *El Pensamiento Navarro*:

‘[...] de ninguna manera aquellos guerreros victoriosos pudieron ser antepasados de las gentes vascongadas.’¹⁴⁸

Por contra, dice el articulista, sí son “nuestros antepasados”¹⁴⁹: los navarros somos los únicos “descendientes legítimos de aquellos guerreros”¹⁵⁰. En el debate científico la identidad de los combatientes ha sido repetidamente puesta en duda. Ahora, nacionalistas y navarristas coinciden en su referente -los vascones- pero discrepan en torno a quiénes son sus herederos.

Llegados a este punto se hace preciso emprender una síntesis de los datos obtenidos. Más que por las discusiones en torno a los hechos históricos, la clave de nuestros textos ha venido dado por elementos de orden más literario, como la caracterización de los vascones y las imágenes empleadas para describir el combate. En concreto, éstos han sido descritos repetidamente como un sujeto anónimo, indómito, apenas dotado con la palabra y cercano al salvajismo a causa de su extremada fiereza. En ocasiones se le describe viviendo en paz, hasta que un Extranjero más civilizado se introduce en su recinto con intención hostil. Las dimensiones de su venganza son buena muestra de lo que espera a quien trate de sojuzgarlo. Esta relación de la batalla que hemos visto predominante en la literatura navarra, tanto entre autores euskaros, como navarristas y nacionalistas nos ha llevado a ubicar a Roncesvalles como un momento privilegiado del *saltus Vasconum*. A pesar de ello, se ha mostrado cómo quedaba abierta la posibilidad de una relectura del acontecimiento por parte de la trama del *ager*, sin necesidad de acudir a otras versiones historiográficas. Bastaba con referir la hazaña de los ancestros hacia un referente español. Así, los vascones dejan de reaccionar contra la presencia en su país de todo extranjero para pasar a servir como valladar de España contra los franceses. A nuestro modo de ver esta relectura no borra los rasgos propios del *saltus* de la batalla, sino que simplemente los reubica dentro de una narración más amplia que se forma a partir de la trama contraria.

¹⁴⁸ Equis, “Roncesvalles”, en *E. P. N.*, 17-VIII-1978, p. 20.

¹⁴⁹ *Ibidem*.

¹⁵⁰ *Ibidem*.

La modificación de las teorías eruditas en torno a Roncesvalles nos ha llevado a preguntarnos al hilo de nuestra exposición por las relaciones entre ciencia histórica y narración mítica. La pervivencia de la “versión navarra”, de carácter claramente mitificante, a pesar de las versiones “científicas” nos conduce a pensar en una compleja convivencia entre ambas.

Interludio.

De manera incuestionable, Roncesvalles tiene una resonancia especial en el imaginario navarro. En buena parte esto se debe a la fama de la batalla que supuestamente ocurrió en sus alrededores. Significativamente, el padre de Luis de Añezkar, en la novela homónima de Felix Zapatero¹⁵¹, lleva a su hijo a ese lugar, además de a Aralar y a Leyre, con el fin de iniciarle en la grandeza de Navarra. Sorbet Ayanz, por su parte, se decide a escribir su libro sobre Roncesvalles, precisamente al advertir la ilusión con que los niños de escuelas de la zona media lo visitan¹⁵². Roncesvalles merece también uno de los momentos más emotivos de la historia hablada *Grandes horas de Navarra*¹⁵³. Es cierto que esa popularidad dudosamente puede explicarse en virtud de una supuesta memoria viva del enfrentamiento, como la que Nombela¹⁵⁴ atribuyó a los montañeses navarros. En realidad, la notoriedad del encuentro tiene un origen literario que podemos atribuir a la labor de las plumas euskaras.

Conviene remarcar que, además de haber servido de escenario a una batalla mítica, Roncesvalles alberga el santuario “más celebrado y concurrido de Navarra”¹⁵⁵, a decir de Javier de Ibarra. Su imagen, la Virgen de Orreaga, “Patrona de los Pirineos”¹⁵⁶, aparece según la leyenda de manera milagrosa en el siglo IX, tras haber permanecido oculta desde los tiempos de la invasión musulmana¹⁵⁷. A esto se añaden las tradiciones

¹⁵¹ F. Zapatero, *op. cit.*, p. 53. La visita a Aralar se hace con el *Amaya* de Navarro Villoslada.

¹⁵² A. Sorbet, *op. cit.*, p. 12.

¹⁵³ *Grandes horas de Navarra*, disco editado por la Caja de Ahorros de Navarra, Pamplona, 1979.

¹⁵⁴ “La figura de Roldán está en la imaginación de todos los habitantes del país y su nombre se pronuncia a todas horas como el de un ser sobrenatural.” (J. Nombela, *op. cit.*, p. 99).

¹⁵⁵ J. Ibarra, *Historia de Roncesvalles*, *op. cit.*, p. 3.

¹⁵⁶ *Ibidem*, p. 8.

¹⁵⁷ Puede verse la historia de esta aparición en H. Sarasa, *op. cit.*, capítulo V. En realidad es copia de una escultura de Toulouse. Cfr. Julio Altadill, “La Virgen de Roncesvalles”, en *B. C. M. H. A. N.*, 1923.

que atribuyen la fundación del hospital a Carlomagno, San Saturnino y Sancho el Fuerte. Curiosamente la valía artística del recinto ha sido frecuentemente cuestionada¹⁵⁸.

Al margen de ello, Roncesvalles es el punto de encuentro de varios caminos de Santiago de importancia y aparece a menudo como la muga simbólica entre las dos Navarras y entre España y Francia. Todas estas facetas son glosadas en la citada obra de Hilario Sarasa¹⁵⁹ para quien ‘la Real casa de Roncesvalles [es] vigía de este Pirineo, centinela avanzado de los Españoles, depositaria de sus tradiciones [y] abogada [sic] de las sencillas gentes de estas montañas’¹⁶⁰. En definitiva, como dice el Barón de Bigüézal, Roncesvalles ‘encierra en sí recuerdos grandes y casi fabulosos’¹⁶¹. Es significativo que cuando Leopoldo Torres Balbas critique la torpe restauración de la Colegiata, en 1940, invoque esa condición memorística del lugar:

‘[...] *por todos los recuerdos piadosos históricos y literarios que evoca el nombre de Roncesvalles [...] las piedras más humildes de esta iglesia deberían haber sido miradas como reliquias por los encargados de su conservación.*’¹⁶²

Pero además de todos estos recuerdos, y en especial del de 778, Roncesvalles es un ‘mágico nombre’¹⁶³ merced a su vinculación con la batalla de las Navas de Tolosa. La Colegiata, en efecto, custodia algunos fragmentos de las cadenas tomadas en las Navas por Sancho el Fuerte, su capilla de San Agustín acoge el sepulcro de este monarca y reproduce en una de sus vidrieras el famoso encuentro de 1212¹⁶⁴.

Las próximas páginas tienen como objetivo examinar los relatos de esta batalla en las letras navarras.

¹⁵⁸ Ver las informaciones sobre eruditos del XIX y XX recogidas por Leopoldo Torres Balbás, ‘La iglesia de la hospedería de Roncesvalles’, en *Príncipe de Viana*, nº 20, 1945, p. 371. El propio Sarasa dice: ‘La edificación es bastante caprichosa y de mal gusto’ (*op. cit.*, p. 87).

¹⁵⁹ H. Sarasa, *op. cit.*

¹⁶⁰ *Ibidem*, p. 146. Los corchetes son míos.

¹⁶¹ Recogido en H. Sarasa, *op. cit.*, p. 148. Cfr. D. Baleztena y M. A. Astiz, *op. cit.*, p. 7: un ‘tropel de recuerdos que a cada paso nos asaltan en Roncesvalles’. También L. Torres, *op. cit.*, p. 371: ‘El nombre de Roncesvalles, unido a tantos y tan famosos recuerdos históricos y literarios [...]’.

¹⁶² *Ibidem*, pp. 372-3. Cursivas mías. Este trabajo es en cierto modo una inversión del de Juan Iturralde y Suit sobre Olite. Aquél era, en palabras de Altadill, una ‘resurrección’; éste es una ‘hecrología’ (*ibidem*, p. 373). El principal reproche del autor a la restauración era que se había borrado ‘el rastro de los siglos’ del edificio, ‘olvidando que el tiempo es uno de los más eficaces colaboradores de toda obra de arte.’ (*Ibidem*).

¹⁶³ J. Zalba, ‘Prólogo’ en José María de Luzaide [Pseudónimo de José María Iraburu], *Boiras. Narraciones, poesía y comentarios históricos en torno de Roncesvalles*, Imp. de Higinio Coronas, Pamplona, 1922, p. I.

¹⁶⁴ En torno a estos detalle cfr. Florencio Ansoleaga, ‘Roncesvalles. Vidriera de la Capilla de San Agustín’, en *B. C. M. H. A. N.*, 1912. El sepulcro de Sancho fue descubierto enterrado hacia 1889 y restaurado en 1912. Cfr. Ignacio Ibarbia, ‘Sepulcro del Rey de Navarra don Sancho VIII’, en *B. C. M. H. A. N.*, 1912.

El héroe de las Navas de Tolosa.

Como la de Roncesvalles, la batalla de las Navas de Tolosa es un acontecimiento de extraordinaria importancia en la cultura navarra. Una y otra rivalizan en importancia y presencia en el imaginario y la literatura locales¹⁶⁵. Si la primera es un acontecimiento ligado a los orígenes del reino¹⁶⁶, la batalla de las Navas de Tolosa aparece en ocasiones como su punto álgido, al par que como el comienzo de su decadencia. Al mismo tiempo, y por paradójico que parezca, ésta tiene algo de acontecimiento fundacional, en la medida en que, según la tradición local, Navarra conquista en su transcurso las cadenas que pasan a ser su emblema nacional.

Como en el caso de Roncesvalles, hay varias versiones de la batalla de las Navas, una de las cuales tiene carácter “oficial” en Navarra. Sus fundamentos se encuentran igualmente en la narración ofrecida por el padre Moret en sus *Anales del Reino de Navarra*¹⁶⁷ y en sus *Investigaciones históricas*¹⁶⁸. Según esta versión, cuando Alfonso VII solicitó la ayuda de los demás reyes cristianos españoles para luchar contra los almohades, Sancho “tuvo que batallar consigo mismo y con sus pensamientos”¹⁶⁹ antes de dar una respuesta afirmativa. Los castellanos, aliados con los aragoneses, le habían arrebatado años atrás Álava y Guipúzcoa. No obstante, resuelve finalmente colaborar y con este fin se dirige al encuentro del ejército cristiano con un “robustísimo refuerzo de soldados”¹⁷⁰. Antes de su llegada los cruzados extranjeros, en número de 100.000, habían abandonado la expedición pretextando el rigor del clima español.

En el momento de la batalla Sancho manda el ala derecha del ejército cristiano, que incluye a sus navarros y algunas milicias castellanas. La lucha es muy dura: los musulmanes multiplican en número a los cristianos. En un momento dado “algunos de los pendones concejiles, que reforzaban por los costados su vanguardia, comenzaron a

¹⁶⁵ Si para la batalla de Roncesvalles nos referíamos a las publicaciones del período 1875-1882, valga ahora como muestra la relativa abundancia de textos destinados a divulgar los extremos de las Navas durante el séptimo centenario: Eladio García, *Cartilla de la Batalla de las Navas de Tolosa. Monografía de este suceso al alcance de todos*, Irún, 1912. Atanasio Mutuberria, *Mirando al Centenario de las Navas de Tolosa*, Imp. de Aramburu, Pamplona, 1912. *Navarra en las Navas de Tolosa*, Imp. de J. Lizaso Hermanos [sic], Pamplona, 1912. Además el cuaderno 9 de año 1912 del *Boletín de la Comisión* se dedicó monográficamente a Sancho el Fuerte y la batalla de las Navas.

¹⁶⁶ J. Ibarra, *Historia de Roncesvalles*, op. cit.

¹⁶⁷ J. Moret, *Anales*, op. cit.

¹⁶⁸ J. Moret, *Investigaciones*, op. cit.

¹⁶⁹ J. Moret, *Anales*, op. cit., tomo I, p.155.

¹⁷⁰ *Ibidem*, p. 160.

turbarse y a arremolinarse, y alguno con retirada tan apresurada, que pareció que amenazaba fuga”¹⁷¹. El propio príncipe de Castilla da por perdidas su vida y la batalla. En este instante crítico, Sancho el Fuerte se precipita contra los almohades, causándoles gran número de bajas. Animados por su ejemplo, los cristianos se rehacen y recobran las posiciones perdidas. Las tropas musulmanas ceden y tiene lugar una ‘horrible carnicería’¹⁷². Tras ella sólo resta por tomar el palenque en donde se encuentra el jefe almohade, llamado Mahomad Miramamolín. Protegen el lugar una multitud de tropas de élite, buena parte de ellas ligadas entre sí con cadenas. Sancho el Fuerte se lanza contra éstas, abre una brecha con sus mazas y penetra en el recinto, seguido por otros caballeros. Miramamolín consigue huir en el último momento, pero la victoria cristiana es total.

En el saqueo que sigue a la derrota de los almohades, ‘más que en la riqueza del despojo se cebó el príncipe D. Sancho en la honra, reputación y memoria duraderas de la batalla vencida’¹⁷³. De vuelta a Navarra trae las cadenas que rodeaban la tienda de Mohamad, adoptándolas como escudo de su reino¹⁷⁴.

No todos los historiadores han estado de acuerdo con esta versión de la batalla. En primer lugar, a menudo se ha cuestionado la cuantía del contingente aportado por Navarra a la coalición cristiana. La carta del príncipe Alfonso de Castilla al papa Inocencio III -en realidad posiblemente escrita por el arzobispo Jiménez de Rada¹⁷⁵-, señalaba que Sancho VII estaba acompañado por unos 200 caballeros. Esta cifra ha sido admitida por muchos historiadores, incluyendo algunos nada propicios a atacar a Navarra como Manuel González Simancas¹⁷⁶. Según la tradición, el total de las tropas cristianas estaría cerca de los 60.000 combatientes, con lo que el porcentaje de navarros en el choque, de ser cierta esta estimación, sería irrisorio.

¹⁷¹ *Ibidem*, p. 170.

¹⁷² *Ibidem*, p. 173.

¹⁷³ *Ibidem*, p. 178.

¹⁷⁴ Según Moret el rojo simbolizaría la sangre del enemigo vencido y la esmeralda sería una alusión al sobrenombre de Miramamolín, el Verde. *Ibidem*, p. 180.

¹⁷⁵ Jiménez de Rada era natural de Puente la Reina. Algunos escritores navarros le han echado en cara que, como historiador, no se mostrara más entusiasta de su tierra nativa. Altadill, por ejemplo, se refiere a su descripción de la batalla de las Navas con estos términos: “Ahorcando sañudamente los sentimientos de su cuna con la soga repulsiva y antipática de la adulación y el servilismo [...] sólo escribió: el Rey Navarro llevaba poco más de 200 caballeros” (Cfr. Julio Altadill, “El séquito del Rey Fuerte”, *B. C. M. H. A. N.*, 1912, p. 123).

¹⁷⁶ Manuel González Simancas, *España militar a principios de la Baja Edad media. Batalla de las Navas de Tolosa*, talleres del Depósito de la Guerra, Madrid, 1925, p. 232. También admite esta cifra la famosa *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo Americana*, Hijos de J. Espasa eds., Barcelona, s.f., voz “Navas de Tolosa”.

En conexión con esta cifra de cruzados se ha cuestionado la importancia del papel desempeñado por Sancho el Fuerte y sus tropas en la batalla. Frente a la tesis de la historiografía navarra, la historiografía castellana hace recaer el mérito de la victoria en Alfonso III y sus castellanos y la historiografía aragonesa, como era de esperar, en Pedro III y sus aragoneses. Además, como en muchas otras batallas medievales, no faltan autores que atribuyan la victoria a una intervención divina o mariana de carácter milagroso¹⁷⁷.

En tercer lugar, no todos los historiadores han coincidido en conceder a Sancho el Fuerte, que contaba 58 años de edad, y a sus caballeros la hazaña de ser los primeros en romper las cadenas y penetrar en el palenque de Miramamolín. Las fuentes contemporáneas de la batalla nada dicen de este suceso y, de hecho, cuantas descripciones suelen darse de la disposición de las defensas musulmanas se basan en narraciones muy posteriores a 1212. Por lo común la tradición aragonesa ha otorgado el mérito a un caballero vasallo del príncipe aragonés, llamado Aznar Pardo¹⁷⁸, y la tradición castellana, como no podía ser menos, a un caballero castellano llamado Alvar Núñez de Lara. Es indudable que la teoría que concede la prioridad al príncipe navarro ha terminado por eclipsar las otras versiones y que, de este modo, la mayor parte de los historiadores de la segunda mitad del XIX en adelante atribuyen al Fuerte la autoría de la hazaña. Pero esta preponderancia no se basa en ninguna fuente histórica fiable, sino simplemente en el mayor rango nobiliario del protagonista navarro¹⁷⁹. No obstante, incluso entre quienes han aceptado la prioridad de Sancho, no hay acuerdo a la hora de atribuirle la paternidad de la victoria, ya que en muchas relaciones la hazaña del palenque es sólo un episodio periférico.

Frente a las dudas de buena parte de la historiografía española, algunos historiadores navarros han tratado de demostrar la veracidad de la versión local de la batalla. Julio Altadill¹⁸⁰, por ejemplo, merced a curiosos cálculos, consigue “mostrar” que el contingente navarro tuvo que ser en todo caso superior a los 3.000 combatientes y que muy posiblemente pasaría de los 7.000. Con mayor frecuencia los escritores

¹⁷⁷ Una lista de ‘milagros’ puede verse en Ambrosio Huici, *Estudio sobre la campaña de las Navas de Tolosa*, Anales del Instituto General y Técnico de Valencia, Valencia, 1916, pp. 113-114.

¹⁷⁸ Aznar Pardo habría prendido fuego a las estacas del palenque. Aznar Pardo era, según la tradición, un noble gallego.

¹⁷⁹ Cfr. A. Huici, *op. cit.*, pp. 57-58.

¹⁸⁰ J. Altadill, ‘El séquito del Rey Fuerte’, *op. cit.*

locales han obviado las polémicas historiográficas, limitándose a glosar con algunas variaciones la versión del padre Moret.

Con todo, más que de un texto canónico repetido escrupulosamente es preferible hablar de un hipertexto que marca unas líneas generales y que permite modificaciones secundarias desde el punto de vista de los datos, pero ocasionalmente relevantes desde un análisis ideológico. Así, en lo que se refiere a las diferencias menos relevantes, un folleto de 1912¹⁸¹ detalla la existencia de tres barreras defensivas en el palenque de Miramamolín: la primera compuesta por 10.000 negros, la segunda por 3.000 camellos y la tercera formada por un número indeterminado de caballeros y ballesteros. Eladio Esparza, por el contrario, habla de “diez mil negros y elefantes atados entre sí por fuertes cadenas”¹⁸². Sorbet Ayanz¹⁸³, sin embargo, sólo habla de dos hileras de cadenas con lanzas y saetas atadas a ellas. Es cierto que junto a estas modificaciones menores ocasionalmente se advierten algunas variaciones más substanciales. El padre Vera e Idoate¹⁸⁴, por ejemplo, ofrece un relato llamativamente poco dramático de la lucha, donde los cristianos vencen sin grandes apuros a los musulmanes. Fray Bernardino de Estella¹⁸⁵, por su parte, nos sorprende al atribuir compartidamente la toma de la tienda de Miramamolín a Sancho y a Álvaro Núñez de Lara. Carlos Clavería¹⁸⁶, como última muestra, señala el abandono de las tropas andaluzas como una de las causas de la derrota musulmana. A nuestro modo de ver todas estas diferencias, aunque valiosas a la hora de comprender la ausencia de un texto canónico “exhaustivo” en torno a la batalla, carecen de mayor importancia, al menos en la medida en que no provocan ninguna polémica y en que no poseen una relevancia ideológica perceptible.

Otras narraciones, en cambio, tienen un alcance ideológico mucho mayor. Como en el caso de la batalla de Roncesvalles, el mismo hipertexto ha servido de base para construir hipotextos muy diferentes. Para apreciarlo es preciso descender del contenido factual a la *narración de la batalla*, sus preliminares y sus consecuencias.

¹⁸¹ Navarra en las Navas de Tolosa, *op. cit.*, p. 16.

¹⁸² E. Esparza, *Pequeña historia*, *op. cit.*, p. 104.

¹⁸³ A. Sorbet, *op. cit.*, p. 109. Sorbet incluye los tres mil camellos atados con cadenas detrás de la vanguardia de cuarenta mil soldados (*Ibidem*).

¹⁸⁴ P. Vera, *op. cit.*, pp. 117 y ss.

¹⁸⁵ B. de Estella, *op. cit.*, p. 82.

¹⁸⁶ C. Clavería, *Historia del Reino de Navarra*, *op. cit.*, p.102.

Un poema de Serafín Olave, ‘El Escudo de Navarra’¹⁸⁷, ofrece un buen punto de partida para nuestra indagación. El texto comienza lamentando la división existente entre los cristianos españoles y, en especial, la ambición y codicia de algunos reyes cristianos que intentan despojar de sus tierras a otro rey,

‘Que español también se llama,
Y también es defensor
De la religión cristiana.’¹⁸⁸

Olave no nombra directamente a ninguno de estos personajes, pero es notorio que se refiere a los reyes de Castilla y de Aragón, por un lado, y al príncipe de Navarra por otro. A causa de esta ‘rivalidad bastarda’ los cristianos ‘posponen la Reconquista / Que Dios y patria reclaman’¹⁸⁹.

Aprovechándose de esta rivalidad interna, el moro Miramamolín planea ‘Aherrojar en sus cadenas / La independencia de España’¹⁹⁰. Con este fin se lanza contra Castilla. Ésta, desesperada, pide socorro a otros reinos.

‘Y, entre ellos, al de Navarra,
Monarca el más agraviado
Por la corte castellana.’¹⁹¹

Sancho el Fuerte vacila. El príncipe Alfonso, aliado con el de Aragón, invadió su reino, mientras él trataba de conseguir en África la España musulmana, como dote a su matrimonio con una princesa mora, poniendo bajo la ley de Dios aquellos territorios. Álava y Guipúzcoa permanecen desde entonces en manos del príncipe castellano. No sólo eso: los mismos castellanos con la ayuda de los moros arrebataron a su padre la Rioja. ¿Por qué tendría que ayudar ahora a sus enemigos?

‘¡Fuerte era la tentación!
Pero... ¡También, Sancho EL FUERTE

¹⁸⁷ Serafín Olave ‘El Escudo de Navarra’, en *Revista Euskara*, 1878.

¹⁸⁸ *Ibidem*, p. 165.

¹⁸⁹ *Ibidem*.

¹⁹⁰ *Ibidem*.

¹⁹¹ *Ibidem*.

Aquel monarca se llama!
Y ahogando justos enojos,
Sacrificando a Navarra
Por pensar únicamente
En la salvación de España,
Y aún más en el peligro
De la religión cristiana,
Ofrece al Rey de Castilla
El socorro de sus armas”¹⁹²

Por si fuera poco, D. Sancho ofrece al príncipe de Aragón dinero para sufragar la campaña.

“Que a Navarra, el ser Navarra
Para ser rica la sobra.”¹⁹³

Gracias a la Cruzada predicada por el Papa Inocencio III, la expedición cristiana concentra más de cien mil combatientes. Pero “Satán se introduce/ En el vasto campamento, [...] Con la envidia y con los celos”¹⁹⁴. Los cruzados extranjeros, “aquella chusma”¹⁹⁵, desertan de la empresa y abandonan a los españoles. En ese momento entra en el campamento cristiano el príncipe de Navarra, “Con su corazón entero /Libre de infernal ponzoña”¹⁹⁶.

Los cristianos piden la ayuda de Dios, escuchan misa y luego se despliegan. El encontronazo entre ambos ejércitos es terrible. Las huestes musulmanas son inmensas y la fortuna parece inclinarse de su lado. El propio Alfonso III da todo por perdido. En ese momento de desesperación el príncipe de Navarra acomete a los musulmanes y, “sembrando horror y muerte”¹⁹⁷, rompe las cadenas que rodean la tienda del príncipe moro,

¹⁹² *Ibidem*, p. 167. Las mayúsculas son suyas.

¹⁹³ *Ibidem*.

¹⁹⁴ *Ibidem*, p. 168.

¹⁹⁵ *Ibidem*, p. 169.

¹⁹⁶ *Ibidem*.

¹⁹⁷ *Ibidem*, p. 170.

‘Destruye, acomete, aterra,
Nada resiste a su acero’¹⁹⁸

Siguiendo su ejemplo, los cristianos avanzan. Los infieles muertos son multitud y el botín ubérrimo. El trofeo más precioso son sin embargo las cadenas que rodeaban la tienda y con las que los infieles pensaban cargar a los cristianos. Dios las destinaba a ser emblema del escudo de Navarra.

‘Como testimonio eterno
De una verdad, olvidada,
Hace tiempo, allende el Ebro.
Que si hoy una España existe,
Lo debe al navarro esfuerzo;
Pues Navarra libró a España
Del yugo del agareno,
Trozos haciendo , en las Navas,
De sus cadenas el hierro.’¹⁹⁹

Esta visión de la batalla contrasta agudamente con la que ofrece Hermilio de Olóriz en su poema de ‘Las Navas de Tolosa’²⁰⁰, especialmente si atendemos a su versión de 1912. Olóriz prescinde de los preliminares del combate. Amanece y se prepara la batalla. Los dos ejércitos chocan con fuerza. Las ‘huestes españolas’ avanzan y ‘corre la sangre’²⁰¹. Sin embargo,

‘[...] ¡Dios Santo!
Qué espantosa catástrofe sucede?
Oscurécete ¡oh sol! ¡Cegad mis ojos!
¿Tanto el pavor en los leones puede?
¿Qué hacéis, qué hacéis los nobles castellanos?’

¹⁹⁸ *Ibidem*, p. 171.

¹⁹⁹ *Ibidem*. las cursivas son mías.

²⁰⁰ La primera versión del poema es de 1882 y resultó premiado en el mismo certamen que el ‘Roncesvalles’ de 1882. Figura recogido en el mismo lugar (*Ayuntamiento de Pamplona. Certamen Literario 1882, op. cit.*). La versión de la que citaremos presenta algunas variaciones, las más importantes de las cuales se recogerán a pie de página. H. de Olóriz, ‘Las Navas de Tolosa’, en *B. C. M. H. A. N.*, 1912.

²⁰¹ *Ibidem*, p. 96.

¿Abandonáis la cruz y sois cristianos?”²⁰²

Los castellanos huyen. Es la derrota de toda la Europa cristiana. El arzobispo Jiménez de Rada intenta que vuelvan al combate,

“más ¡ay! que presa de letal desmayo
caen, ceden, sucumben”²⁰³

Sólo las tropas vizcaínas, al mando de López de Haro, aguantan a duras penas la acometida de los infieles. Éstos ven la victoria cercana; “la Cruz de los cristianos” será “alfombra de los árabes corceles”²⁰⁴.

“Pero no...; en la montaña
surge de pronto inmenso griterío
que al moro aterra [...]”²⁰⁵

Son los navarros, vestidos “con los despojos de las fieras”²⁰⁶, sin peto ni armadura, con la cabeza descubierta. “Ansia no más de combatir los lleva”²⁰⁷. Los árabes se reorganizan y se lanzan contra ellos.

“Pero ¿qué vale de la inmunda hiena
el salvaje furor embravecido,
si el león sacudiendo su melena
en el ancho jaral lanza un rugido?”²⁰⁸

La vanguardia de los musulmanes abandona pero, como sabemos, todavía queda el palenque del “Jefe Islamita”, rodeado de hierros y cadenas y protegido por una muchedumbre.

²⁰² *Ibidem*, p. 97

²⁰³ *Ibidem*. La versión de 1882 (*op. cit.*, p. 63) dice “al número sucumben”.

²⁰⁴ *Ibidem*.

²⁰⁵ *Ibidem*, p. 98.

²⁰⁶ *Ibidem*.

²⁰⁷ *Ibidem*.

²⁰⁸ *Ibidem*, pp. 98-99.

‘Navarros avanzad, don Sancho grita,
seguid a vuestro Rey. En su caverna
ataquemos al lobo; y gloria eterna
será la destrucción del Islamita.’²⁰⁹

Ni las flechas ni las lanzas impiden que Sancho logre su objetivo. Llega la noche y los navarros celebran su victoria. Nada sabemos de los demás cristianos después de su retirada: Olóriz los ignora despectivamente. El príncipe navarro anuncia a sus huestes, ‘Ricos homes, hidalgos, caballeros, infanzones de carta y de linaje, hombres de buenas villas y pecheros’²¹⁰, que cambiará el escudo de su reino. Las cadenas rotas al infiel serán ‘el lazo de nuestra eterna unión’²¹¹. Así, continúa, ‘mostraremos que no las sufriremos, pues nos sobra valor para romperlas’²¹².

En su *Resumen histórico* Olóriz repitió la misma narración si bien puso mayor énfasis en la flaqueza de castellanos y aragoneses²¹³. El motivo por el que lo traemos a colación reside en que, por primera vez, cuestiona con relativa franqueza la rentabilidad y conveniencia de la participación de Navarra en la batalla. Ésta, dice Olóriz, no se benefició ni militar ni económicamente de la victoria. Sólo sacó ‘el renombre y unos trozos de cadenas’²¹⁴, mientras Castilla obtuvo inmensos territorios y riquezas.

‘Su glorioso trofeo publica a la par del arrojo, la falta de previsión de los navarros. Supieron éstos sacrificar sus vidas, más no imponerse a los que les trataban como enemigos, y no sacando utilidad de su altivo esfuerzo *dejaron como lección, que en la guerra y en la política hay que anteponer a lo generoso lo prudente.*’²¹⁵

Ni siquiera entre los autores nacionalistas encontramos una postura tan crítica contra la intervención navarra en las Navas y con respecto al papel de los demás

²⁰⁹ *Ibidem*, p. 99.

²¹⁰ *Ibidem*, p. 100.

²¹¹ *Ibidem*.

²¹² *Ibidem*.

²¹³ H. de Olóriz, *Resumen histórico, op. cit.*, p. 78.

²¹⁴ *Ibidem*.

²¹⁵ *Ibidem*, p. 80. Las cursivas son mías.

cristianos en la victoria. Así, Bernardino de Estella se limita a informar de que “álgunas tropas castellanas desfallecieron”²¹⁶, pero no pone en duda ni por asomo la participación en este “duelo a muerte entre la civilización cristiana y mahometana”²¹⁷. Su nacionalismo se traduce simplemente en una mención al papel de vascos de ambos lados del Pirineo en la victoria²¹⁸. Otro historiador nacionalista, Carlos Clavería, procede similarmente, destacando que Sancho mandaba junto a los navarros a “muchos caballeros vizcaínos, alaveses y guipuzcoanos”²¹⁹ y haciéndose eco de la huida de *algunas* milicias castellanas²²⁰. Ciertamente, cuando trata el tema de la rentabilidad de la empresa recuerda que Sancho obtuvo escasos beneficios. Con todo, no aparece el más mínimo signo de arrepentimiento. Tampoco desde las páginas de *Amayur* se arremete contra la batalla. Al contrario, se prefiere inventar una lectura nacionalista de la participación navarra. Según ella, Sancho rompió las cadenas “por la libertad religiosa y en defensa de la Soberanía del Pueblo Vasco”²²¹.

No sólo el reproche de Olóriz no vuelve a repetirse, sino que, por el contrario, abundan los textos que ni mencionan la retirada de castellanos y aragoneses, ni se hacen eco de los pocos beneficios que Navarra habría obtenido de la victoria. En el poema de Pedro Górriz²²² todos los españoles se comportan con valentía, sin que nadie rehuya el combate. Algo similar sucede en el del euskaro Alberto Cayuela Pellizari²²³. Tampoco para el navarrista Eladio García²²⁴, para quien la batalla tuvo como fundamento la “unidad de la religión y [la] unidad de la patria”²²⁵, se producen ni una huida castellana ni nada digno de mención en la repartición del botín. La misma lectura hispanista aparece en Paulino Gil y Bardaji²²⁶ y en José Nadal de Gurrea²²⁷, entre otros autores.

²¹⁶ B. de Estella, *op. cit.*, p. 81.

²¹⁷ *Ibidem.*

²¹⁸ *Ibidem.*

²¹⁹ C. Clavería, *Historia del Reino de Navarra, op. cit.*, p. 101.

²²⁰ *Ibidem*, p. 102.

²²¹ “De Orreaga a Roncesvalles”, en *Amayur*, 28-X-1931.

²²² Pedro de Górriz, “La cadena de las Navas”, en Ayuntamiento de Pamplona, *Certamen científico, literario y artístico*, Imp. y Lib. de R. Bescansa, Pamplona, 1884.

²²³ A. Cayuela, *El paladín de las Navas, op.cit.*

²²⁴ E. García, *op. cit.*

²²⁵ *Ibidem*, p. 14. Corchete mío.

²²⁶ P. Gil, *op. cit.*, p. 26 y ss. La narración que ofrece este autor de la batalla es muy simple si se compara con la dada por Moret: “Los Reyes de Castilla y Aragón trataron de avanzar sobre los infieles, dejando el puesto de menos gloria al de Navarra, pero este rey, que a la cabeza de sus denodadas y sufridas huestes había tomado parte el primero en el combate, se lanzó sobre la tienda de Miramamolín cercada de gruesas e inquebrables cadenas, defendidas por los más feroces hijos del desierto, mas ni éstos ni aquellas pudieron contener el impetuoso empuje de los navarros, que

Si en el epígrafe anterior tratamos de mostrar que la batalla de Roncesvalles pertenecía primordialmente al *saltus*, la de las Navas pertenece primordialmente al *ager*. En ella se escenifica la unión de los reinos españoles en torno a la religión. En palabras de Zabalo Zabalegui, es el “combate más trascendental de la Reconquista, la epopeya española por excelencia”²²⁸. El primitivo reino pirenaico culmina así su inserción en la causa de la España Cristiana. Por eso Sancho, que “es un rey cristiano y español, por encima de todo”²²⁹, no podía dejar de acudir al combate. “Toda España es un clamor de cruzada”²³⁰; “Navarra no faltará a la cita de la Historia”²³¹. Castellanos y aragoneses dejan de ser extranjeros para convertirse en hermanos de los navarros, en virtud de su coalición contra el enemigo radical, el Islam. Es cierto que, además de los musulmanes, hay un Extraño cuyo comportamiento se rechaza: los cruzados extranjeros que desertan antes del combate. Nadal, Vera, Mañé, Olave, Zabalo Zabalegui, etc., repiten la misma crítica a su “cobarde deserción”²³². Esto consuma la completa inserción de Navarra dentro de España: no sólo los castellanos han dejado de ser extranjeros, no sólo un nuevo criterio define quiénes son parte del grupo, también todos los miembros de la nueva patria comparten su aversión al mismo Extraño.

A propósito de la pertenencia primordial de 1212 a una concepción de la historia de Navarra como apertura, son particularmente significativas las palabras que en su discurso contra los fueristas dedica a dicha batalla el aranista Evangelista de Ibero²³³. En su opinión, “una de las batallas que siempre tienen en los labios [los fueristas] para demostrar que el vasco es español es la de las Navas de Tolosa”²³⁴. Por eso, frente a esa lectura predominante, Ibero se esfuerza por demostrar que “en ella no se luchó por

consiguieron su posesión, segando innumerables cabezas moras y poniendo al Miramamolín y los suyos en precipitada fuga.”(*Ibidem*, p. 26).

²²⁷ J. Nadal de Gurrea, *op. cit.*, pp. 133 y ss.

²²⁸ Francisco J. Zabalo Zabalegui, *Sancho VII el Fuerte*, Temas de Cultura Popular, Diputación Foral de Navarra, Pamplona, p. 18. También para Iribarren la contribución de Navarra a la causa de Dios y de España “culmina” en la batalla de las Navas (cfr. Manuel Iribarren Paternáin, *Una perspectiva histórica de la Guerra en España*, García Enciso, Madrid, 1941, p. 57).

²²⁹ F. J. Zabalo, *op. cit.*, p. 16.

²³⁰ *Ibidem*.

²³¹ *Ibidem*.

²³² P. Vera, *op. cit.*, p. 120.

²³³ E. de Ibero, *Ami vasco*, *op. cit.*

²³⁴ *Ibidem*, p. 59. El corchete es mío.

Castilla, sino por la fe de Cristo”²³⁵. En definitiva, intenta impedir que el evento proporcione un argumento en favor de una concepción españolista de la identidad vasca.

{[...] de no haber sido por su encendido amor a la fe de Cristo, los vascos se hubieran alegrado lo indecible de que la invasión de los almohades hubiese acabado para siempre con Castilla.”²³⁶.

Aunque, como hemos afirmado, sólo Olóriz cuestiona abiertamente la conveniencia política de haber participado en la batalla, muchos otros escritores navarros han insistido en el sacrificio y la generosidad que entrañó la intervención de Sancho en particular y de Navarra en general. Lino Munárriz, por ejemplo, se refiere al “corazón grandioso y cristiano de D. Sancho verdaderamente el Fuerte”²³⁷. Según afirma, éste acepta participar en una batalla, que desde un punto de vista político muy poco podía beneficiarle, al lado de quienes pretendían “aherrojarse al desgraciado príncipe y relegarlo a la impotencia”²³⁸. Su enemigo es además el emir Muhamad Alhasir, que durante su estancia en África le había “hospedado cariñosamente”²³⁹.

“Mas el Rey don Sancho era más Fuerte que en las lides del campo en las luchas de su cristiano corazón, y despreciando los cantos de la sirena infernal, sólo oyó la voz del Padre común de los fieles.”²⁴⁰

También Alejo Sorbet destaca que los reyes de Aragón y Castilla “le hicieron siempre cruel guerra: solamente le buscaban cuando se veían en algún apuro”²⁴¹. Por eso cuando Alfonso de Castilla solicita su ayuda titubea, “pero era la Religión la que se veía en peligro, y, ante esto, su magnánimo corazón y profunda religiosidad, le impulsaron a aportar su valioso concurso”²⁴². Para Sorbet, Sancho es “el principal fautor

²³⁵ *Ibidem*.

²³⁶ *Ibidem*, p. 60.

²³⁷ L. Munárriz, *op. cit.*, p. 75.

²³⁸ L. Munárriz, “Viaje de D. Sancho al Africa”, en *B. C. M. H. A. N.*, 1912, p. 19.

²³⁹ *Ibidem*, p. 36.

²⁴⁰ *Ibidem*.

²⁴¹ A. Sorbet, *op. cit.*, p. 97.

²⁴² *Ibidem*, p. 105.

de la victoria”²⁴³ cristiana. Sin embargo, sabe de antemano que ésta servirá principalmente para “aumentar el señorío de quien disminuyó el suyo”²⁴⁴. En esta misma idea abundaba antes que él Arturo Campión, cuando describe la marcha del ejército navarro camino de las Navas en auxilio de Castilla:

‘[...] los hijos de las montañas euskaras emprenden el camino de Andalucía. Van a ponerse bajo el mando supremo del vencido de Alarcos; van a derramar su sangre, mezclándola con la sangre de los que detentaron los castillos, talaron las mieses y dieron fuego a los pueblos de Nabarra.’²⁴⁵

Cuando Eladio Esparza repasa las ocasiones en las que Navarra ha intervenido por la fe católica durante la Edad Media, destaca también que continuamente ‘tenía agravios’²⁴⁶ con los demás reinos españoles. Pero se trataba de ‘luchas por la religión y Navarra no sintió titubeos en aprestarse a la lucha’²⁴⁷. 1212 es un capítulo más de esa generosidad, acaso el más célebre, pero nada novedoso. En efecto, continúa, Sancho el Fuerte,

‘Sufrió desdenes y agravios. Pero cuando sobre España se esperó la embestida de los almohades supo perdonar agravios, supo olvidar desórdenes, supo sobreponerse a su carácter indómito y correr con sus hombres -paladín de la Cristiandad- hasta las tierras de Jaén y ser allí el héroe de la batalla de las Navas.’²⁴⁸

También para otro autor navarrista, Julio Gúrpide, “Sancho olvida los agravios para defender la religión”²⁴⁹. Otro tanto ocurre para el falangista Yzurdiaga²⁵⁰ y para Manuel Iribarren²⁵¹. A decir de este último “el ímpetu de los navarros [...] decidió la

²⁴³ *Ibidem*, p. 103.

²⁴⁴ *Ibidem*, p. 92.

²⁴⁵ A. Campión, *Euskariana. Cuarta serie, op. cit.*, p.147.

²⁴⁶ E. Esparza, *Pequeña Historia, op. cit.*, p. 99.

²⁴⁷ *Ibidem*, p. 100.

²⁴⁸ *Ibidem*, pp. 38-39.

²⁴⁹ J. Gúrpide, *Geografía e Historia, op. cit.*, p. 225.

²⁵⁰ Fermín Yzurdiaga, *Poema de Navarra*, Imp. Viuda de Aramburu, Pamplona, 1927, pp. 9 y ss.

²⁵¹ M. Iribarren Paternáin, *Navarra, op. cit.*, p. 189.

victoria cuando la lucha era más recia e indecisa”²⁵². Pero la hazaña de las Navas sólo vale a Navarra su escudo y “el mezquino don de doce fortalezas pertenecientes a su propio reino, que don Alfonso le devolvió en señal de gratitud”²⁵³. Como puede observarse, incluso entre los autores más navarristas la participación en las Navas entrañó un inmenso sacrificio, para algunos no debidamente recompensado.

La pertenencia habitual al *ager* de la batalla de las Navas aparece también en algunos textos de autores en principio poco dados a concebir la identidad local en términos pactistas e integradores. Uno de los casos más sorprendentes a este respecto es el cantar de *El Rey Fuerte*²⁵⁴ de Mark Legasse. Legasse era un *abertzale* libertario del País Vasco francés cuyo lema era “Ni Dios ni leyes” (*Jaun gabe eta legerik ez*). Sin embargo su narración, llamativamente religiosa, de las Navas de Tolosa podría haber sido firmada por cualquiera de los escritores precedentes: Castilla y Aragón cometen “traición” contra Navarra, desmembrándola. Por eso, cuando Sancho recibe la petición de auxilio de Castilla la rechaza airado. Pero el arzobispo Jiménez de Rada le recuerda que no son ya Castilla y Aragón quienes están en peligro sino la Cristiandad entera. Navarra no puede permanecer indiferente. Además, a pesar de los agravios de castellanos y aragoneses, “Navarra les dio la vida, no les puede dejar morir”²⁵⁵. La intervención de Sancho es decisiva: “Navarra ha salvado a España”²⁵⁶.

Como sucedía con la batalla de Roncesvalles, podemos comprender mejor el significado de las Navas de Tolosa si centramos nuestra atención en su principal protagonista: Sancho el Fuerte. Sin lugar a dudas, éste es uno de los monarcas más emblemáticos de Navarra. El Conde de Rodezno lo califica significativamente de “héroe de hazañosa existencia, propia de la novela y de la trova”²⁵⁷.

Julio Altadill es uno de los escritores que con mayor ardor ha glosado su figura. Es “el HERCULES físico, material y moral de nuestra Historia y de sus antepasados”²⁵⁸; un “monarca valiente y batallador, rama final del Rey postrero [?], miembro último

²⁵² *Ibidem*, p. 191.

²⁵³ *Ibidem*.

²⁵⁴ Marcos Legassa [castellanización de Mark Legasse], *El Rey Fuerte. Cantar de gesta*, Aramburu, Pamplona, 1951.

²⁵⁵ *Ibidem*, p. 79.

²⁵⁶ *Ibidem*, p. 91.

²⁵⁷ El Conde de Rodezno, “Nuestros propósitos”, *op. cit.*, p. 6.

²⁵⁸ Julio Altadill, “Las torturas del Rey Fuerte en el Castillo de Tudela”, en *B. C. M. H. A. N.*, 1934, p. 37. Las mayúsculas son suyas.

y directo de la pura y neta raza vascona”²⁵⁹. Su sobrenombre sirve a nuestro autor para realizar un panegírico que resume perfectamente la admiración que suscita este monarca:

‘Fuerte por sus músculos de acero. Fuerte por el temple de sus energías. Fuerte por su descomunal estatura. Fuerte por su asombrosa complexión física. Fuerte por su talento y previsión. Fuerte por sus riquezas incontables. Fuerte por sus creencias arraigadas. Y Fuerte, en fin, por su amor insuperado al Reino que rigió y gobernó con un amor sin límites, que rebasó a los entusiastas amores de sus ascendientes todos, por mucho que hubieran idolatrado al Reino navarro y de cuyo trono es el más sólido apoyo en el solar Pirenaico”²⁶⁰

Pero a pesar del entusiasmo de Altadill y de otros escritores de todas las tendencias, conviene llamar la atención sobre la existencia de algunos puntos oscuros en la vida del monarca. Entre estos ‘borrones que intentaron dejar extraños en la limpia biografía de D. Sancho”²⁶¹ destaca su ausencia de Navarra y su estancia en territorio musulmán en torno a los años 1196-1199. Muchos historiadores han creído que buscó refugio y ayuda entre los Islamitas para defenderse de Aragón y Castilla, algo que desde una filosofía de la historia reconquistadora constituye un acto verdaderamente indigno. Entre quienes más duramente han reprochado esos tratos cabe citar al padre Mariana, La Ripa y José Almirante. Éste último, después de alabar la figura de Alfonso de Castilla, escribe:

‘Compárese a Alfonso el Noble con el miserable Sancho IV el Fuerte, reyezuelo de un reino de Navarra, que siempre ha sido una aberración geográfica.”²⁶²

Los compromisos con el Islam valieron al príncipe de Navarra su excomunión hacia 1196, hecho que con unas pocas excepciones la mayor parte de los escritores navarros ha preferido ignorar²⁶³.

²⁵⁹ *Ibidem*, pp. 36-37. El corchete es mío.

²⁶⁰ *Ibidem*.

²⁶¹ L. Munárriz, “Viaje de D. Sancho al Africa”, *op. cit.*, p. 33.

²⁶² José Almirante, *Bosquejo de la Historia Militar de España hasta el fin del XVIII*, Imp. Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, 1923, 4 tomos, p. 143. La numeración de Almirante se debe a la distinta nómina de Reyes de Navarra que sigue.

La apología de Sancho era tan vieja como sus acusaciones. El padre Moret había acudido para su defensa a un cronista inglés del siglo XIII, Rogelio Hoveden²⁶⁴. Según Hoveden, una princesa mora, hija del sultán de Marruecos, había quedado prendada del príncipe de Navarra, fascinada por las historias que corrían sobre su valentía. Llena de desesperación, rogó a su padre que ofreciera su mano al navarro, amenazando con suicidarse si no lograba su propósito. El sultán amaba mucho a su hija, de manera que ofreció como dote a Sancho toda la España musulmana. La princesa, además, estaba dispuesta a convertirse al cristianismo, con lo que el obstáculo religioso quedaba resuelto. Sancho habría viajado a África para contraer estos esponsales, desatando la envidia de los demás reinos españoles. Una vez llegado allí, sin embargo, se encontró con que el padre de la princesa había muerto y con que el sucesor de éste, Mohammad el Verde (el futuro enemigo de las Navas), más práctico que su antecesor, consideraba absurdo entregar territorios tan vastos por satisfacer el capricho de una princesa. Con todo, no explicó a las claras su negativa. Habían estallado algunas rebeliones en los dominios musulmanes y pensó en la utilidad de contar con la ayuda de un caballero tan esforzado como el príncipe de Navarra. Por medio de engaños y veladas amenazas le convenció de la necesidad de posponer la unión hasta que el trono estuviese afianzado. Sancho accedió y durante cerca de dos años combatió con gran éxito a los enemigos del sultán. Aprovechando esta ausencia forzada, Castilla y Aragón le arrebataron Álava y Guipúzcoa. Por fin, viendo que el matrimonio se posponía indefinidamente y que el nuevo sultán no tenía intención de otorgarle la dote prometida, regresó a su mermada Navarra.

Esta historia ha tenido un curioso destino en la cultura navarra. Moret la utiliza para defender a Sancho contra las acusaciones del padre Domingo de La Ripa y con esta función la han aceptado autores como Nadal de Gurrea²⁶⁵, Olave²⁶⁶, Olóriz²⁶⁷, Domínguez Arévalo²⁶⁸, Anchorena²⁶⁹, Sorbet²⁷⁰, Legasse²⁷¹ y del Campo²⁷², entre otros.

²⁶³ Entre éstas cabe citar a Carlos Marichalar, "Colección diplomática del Rey D. Sancho el Fuerte", en *B. C. M. H. A. N.*, 1934. También lo hacen F. J. Zabalo (*op. cit.*, p. 8) y Zalba. Este último con el objetivo de defender a Sancho de las acusaciones: cfr. J. Zalba, "Sancho el Fuerte, Inocencio II y España", en *Euskalerrriaren Alde*, tomo XV, 1925.

²⁶⁴ La mayor parte de las veces aparece citado así. Su nombre real es Rogerio Howden.

²⁶⁵ J. Nadal, *op. cit.*, p. 134.

²⁶⁶ S. Olave, "El escudo de Navarra", *op. cit.*, p. 167.

²⁶⁷ H de Olóriz, *Resumen histórico*, *op. cit.*, pp. 74-5.

²⁶⁸ T. Domínguez Arévalo, *Los Teobaldos*, *op. cit.*, p. 32.

²⁶⁹ Juan Anchorena y Aguirre, *Zoraida. La Reina Mora. Novela histórica de tiempos de Sancho VIII de Navarra*, Lib. Católica de Luis Gili, ¿Pamplona?, 1912.

Incluso Arturo Campión, aunque califica la historia como de “aire novelesco”²⁷³, parece haber transigido con ella. Sin embargo, la hipótesis de la princesa, aunque hermosa, no les ha parecido a muchos demasiado creíble. En la primera mitad del XIX Yanguas y Miranda²⁷⁴ ya expresaba sus dudas al respecto y con posterioridad ese escepticismo ha derivado en una crítica en toda regla. Entre quienes han negado su veracidad con mayor firmeza cabe citar a Paulino Gil y Bardají²⁷⁵, Julio Nombela²⁷⁶, Julio Gúrpide²⁷⁷ y, muy especialmente, a Lino Munárriz y Velasco²⁷⁸. El problema reside en que con esta actitud los escritores citados también pretendían defender a Sancho el Fuerte de acusadores como Almirante. En particular Munárriz, que califica la historia de Hoveden de “desgraciada leyenda”, “cuento absurdo” y “patraña loca”²⁷⁹, es autor de una de las más encendidas alabanzas de Sancho VII. Según su versión, el viaje del Fuerte a África vino motivado por las continuas agresiones de castellanos y aragoneses²⁸⁰.

A la mácula de unas relaciones fluidas con los infieles se añade la “antipolítica y antipatriótica determinación”²⁸¹ de su testamento. Sancho se había prohijado con Jaime el Conquistador, lo que en la práctica, dada la diferencia de edad entre ambos monarcas, equivalía a entregar a Aragón el trono de Navarra. ¿Cómo explicar desde un punto de vista regionalista (euskaro, nacionalista o navarrista) que un monarca que sentía un “amor insuperado al reino” cometiera un acto semejante? Campión lo intenta en el texto que acompaña el retrato que Jaime el Conquistador hizo del Fuerte²⁸². El *documento* muestra un Sancho obeso hasta el ridículo, enfermo, achacoso, receloso, avaro y

²⁷⁰ A. Sorbet, *op. cit.*, p. 98 y ss.

²⁷¹ M. Legasse, *op. cit.*, pp. 50 y ss.

²⁷² Luis del Campo, *Sancho el Fuerte de Navarra, op. cit.*, p. 147. Del Campo arguye que Hoveden es un cronista que se destaca por la fiabilidad de sus informaciones y que, antes que Sancho, otros monarcas cristianos contrajeron matrimonio con musulmanas.

²⁷³ A. Campión, *Euskariana. Novena serie, op. cit.*, p. 122.

²⁷⁴ J. Yanguas y Miranda, *op. cit.*, p. 188, nota 1.

²⁷⁵ P. Gil y Bardají, *op. cit.*, p. 26.

²⁷⁶ J. Nombela, *op. cit.*, p. 22.

²⁷⁷ J. Gúrpide, *Geografía e Historia, op. cit.*, p. 224.

²⁷⁸ L. Munárriz, *Historia de Navarra, op. cit.*, pp. 74 y ss. L. Munárriz, “Viaje de D. Sancho al Africa”, *op. cit.*

²⁷⁹ *Ibidem*, p. 16.

²⁸⁰ Si se repasa la ubicación política de los autores citados puede comprobarse cómo la creencia y el ataque a la historia de Hoveden se ha repartido entre euskaros, nacionalistas y navarristas.

²⁸¹ T. Domínguez Arévalo, *Los Teobaldos, op. cit.*, p. 43.

²⁸² Arturo Campión, “Don Sancho el Fuerte retratado por Don Jaime el Conquistador”, en *B. C. M. H. A. N.*, 1912.

colérico. No hay rastro del héroe. Para Campión la entrega de su reino a don Jaime viene a explicarse como un producto de la senilidad.

Si se reúnen todas estas sombras se comprende que Arturo Campión ofreciera un retrato del vencedor de las Navas de Tolosa más agrisado que el de Julio Altadill. Es cierto que para Campión es todavía “un personaje más propio de la epopeya que no de la historia”²⁸³, pero también es el monarca que culmina el “grandísimo yerro cometido por las dinastías pirenaicas”. A saber: desdeñar la unión de toda la “familia euskariana”²⁸⁴. Como Olite llegaba a simbolizar los destinos de Navarra, la vida de Sancho el Fuerte “es el verdadero símbolo de los destinos de su pueblo”²⁸⁵.

“Una gran figura real personifica los destinos de Nabarra, sus cualidades y sus errores históricos. Es el último de la casa indígena, el postrer montañés coronado, el héroe inmortal de las Navas. Puesto en esa línea de intersección en que acaban los viejos destinos y empiezan los nuevos de su patria, en él se divulgan y mezclan las luces del pasado y las sombras del porvenir.”²⁸⁶

En efecto, el príncipe Fuerte es “una figura fúnebre”²⁸⁷ que marca el comienzo de la decadencia del reino. “Como su rey, Navarra también ‘encerrada’ en un callejón sin salida”²⁸⁸, dice Zabalo Zabalegui, aludiendo a la reclusión voluntaria de Sancho en el castillo de Tudela durante los últimos años de su vida. Para Campión, y de forma significativa, la vida del príncipe “puede darse por concluida”²⁸⁹ tras la célebre batalla. El monarca muere “con el alma cautiva de una negra e invencible melancolía”²⁹⁰. Tras él comienza la lista de reyes extranjeros, más pendientes de sus dominios en Francia o España que de Navarra. Pero si la faceta decadente de Sancho es manifiesta, también es cierto que a causa de su gloriosa participación en las Navas marca “el foco de una

²⁸³ *Ibidem*, p. 110.

²⁸⁴ *Ibidem*, p. 109.

²⁸⁵ A. Campión, *Euskariana. Cuarta serie, op. cit.*, p. 151. Campión cita a Michelet.

²⁸⁶ *Ibidem*, p. 134.

²⁸⁷ *Ibidem*.

²⁸⁸ F. J. Zabalo, *op. cit.*, p. 30.

²⁸⁹ A. Campión, *Euskariana. Cuarta serie, op. cit.*, p. 150.

²⁹⁰ *Ibidem*.

apoteosis”²⁹¹. Tan alta es ésta que, para Campión, Sancho deja de ser un héroe navarro o español para pasar a ser un héroe del mundo²⁹².

Es necesaria una recapitulación. Habitualmente la batalla de las Navas de Tolosa ha figurado como un lugar privilegiado del *ager Vasconum*. Con ella los navarros se unen a los demás españoles para combatir al enemigo de la fe común. A menudo esta intervención es calificada de decisiva, con lo que Navarra salva a toda a España. Aunque esta lectura ha sido general en las letras locales, resulta especialmente llamativo que para muchos autores, incluyendo algunos navarristas, la participación en la batalla supusiera un gran sacrificio para Navarra. Castellanos y aragoneses la habían atacado traicioneramente. Además Castilla se mostró ingrata con ella. A esto hay que añadir que, para algunos autores, castellanos y aragoneses mantuvieron un comportamiento cobarde en la pelea. Es significativo, por último, que frecuentemente se señale a las Navas como apoteosis del reino e inicio de su decadencia. Navarra se autoinmola para salvar a España.

Estos extremos, sin cuestionar directamente la participación de Sancho el Fuerte, introducen la posibilidad de una lectura más negativa de la colaboración con los extranjeros. Olóriz parece haber sido quien ha llevado más lejos estas críticas. Con todo, la ambigüedad de la batalla ha estado presente en muchos otros autores, tanto euskaros, como nacionalistas y navarristas. Esto es tanto más interesante cuanto que, al margen de algunas puntualizaciones por parte de nacionalistas, no ha habido una discusión abierta sobre el sentido de la batalla. Como tal el *saltus* no ha ofrecido una lectura completa de las Navas, sino que se ha adherido al relato del *ager* subvirtiéndolo (.i.e., mostrando que los extranjeros son cobardes y que se aprovecharon de Navarra).

Aunque *saltus* y *ager* extrajesen diferentes lecciones de la colaboración con los extraños, euskaros, nacionalistas y navarristas coincidían en la versión moretiana del evento. ¿Qué ocurriría cuando alguien, desde el interior de Navarra, negara su veracidad?

²⁹¹ *Ibidem*, p. 134.

²⁹² *Ibidem*.

Interludio I. La impertinencia de Ambrosio Huici Miranda.

En 1912 se conmemoraba en toda España el séptimo centenario de la batalla de las Navas. En el marco de las celebraciones por el aniversario, la Diputación Foral y Provincial de Navarra decidió auspiciar un certamen científico y literario.

Los concursantes debían investigar una historia que en realidad estaba ya escrita, que la propia convocatoria había escrito por ellos. Su tarea era simplemente literaria y codificadora. Debían enriquecer con nuevos detalle o con una escritura elegante la versión moretiana. El documento más elocuente para comprender el férreo marco ideológico del concurso es el informe del jurado fallando los premios. Antes de anunciarlos declara abiertamente el significado del hecho:

‘Fue por consiguiente el triunfo de las Navas, el preludio certero de nuestro renacimiento, el inicio de nuestra libertad, el vigoroso latido de la fe, el amanecer espléndido de nuestro señorío. Como fue la epopeya de Granada la consolidación de los Reinos ibéricos, nuncio de la hegemonía hispana en días ulteriores cuando el sol no se ponía en nuestros dominios y Alemania e Italia, África y la Oceanía, Lepanto y San Quintín atronaban al mundo con nuestro poderío soberano.’²⁹³

Navarra encaja en esa empresa imperial, en ese ‘ensayo’ para la unidad peninsular, gracias a la mediación de Sancho el Fuerte. Él es ‘el héroe legendario de las Navas, que desde las montañas vascas desciende a tierras castellanas’²⁹⁴, el ‘último montañés coronado’²⁹⁵, ‘el de imaginación soñadora’²⁹⁶, ‘el príncipe de corazón magnánimo’²⁹⁷, ‘el insigne guerrero [...] circundado de aventuras novelescas’²⁹⁸.

Ahora bien, en esta representación de la batalla alguien ha roto la convención del marco impuesto. Y lo que es más grave: lo ha roto eruditamente. Bajo el lema “*In laude veritas*”²⁹⁹, un concursante -el burladés Ambrosio Huici Miranda³⁰⁰- ha enviado una

²⁹³ ‘Informe general del Jurado del certamen científico y literario celebrado en la ciudad de Pamplona, bajo los auspicios de la excelentísima Diputación Foral y Provincial de Navarra, para solemnizar el 7º Centenario de la batalla de las Navas de Tolosa’, en *B. C. M. H. A. N.*, 1913, p. 215.

²⁹⁴ *Ibidem.*

²⁹⁵ *Ibidem.*, p. 221.

²⁹⁶ *Ibidem.*

²⁹⁷ *Ibidem.*

²⁹⁸ *Ibidem.*

²⁹⁹ *Ibidem.*, p. 289.

investigación absolutamente improcedente. El jurado no puede dejar de reconocer que se trata de una “hermosísima obra”³⁰¹ y que “ningún otro de los concursantes se ha aproximado a éste al discutir, razonar y justificar sus afirmaciones”³⁰². Sin embargo, y resulta chocante, no se encuentra entre los trabajos premiados. ¿Cómo es posible? Si se tratara de un trabajo mediocre, el jurado simplemente habría omitido toda mención al respecto. Pero lo cierto es que tiene que admitir que tras la investigación “se encuentra un sabio”³⁰³. ¿Cuáles han sido los motivos de la exclusión?

El primero es de orden formal: el concursante no se ha adecuado a los temas de la convocatoria. El segundo de fondo: ha escrito una historia completamente opuesta a la establecida por las bases del certamen. Naturalmente el jurado no se expresa en estos términos, pero la explicación que ofrece deja translucir meridianamente este móvil. Examinemos los cargos literalmente: el primer reproche de importancia que lanza contra el anónimo francotirador consiste en que ha guardado “un silencio glacial para el héroe legendario”³⁰⁴, es decir, Sancho VII. Un pecado imperdonable, tratándose de un trabajo auspiciado por la Diputación navarra. Además, el autor ha tenido la osadía de afirmar que sólo doscientos caballeros navarros tomaron parte en la batalla, una cifra irrisoria, demasiado baja para hacer verosímil la “verdad” de una intervención decisiva de Navarra. Pero todavía hay algo más grave, algo que resulta terriblemente incómodo para el jurado y que cuestiona radicalmente la importancia simbólico-histórica de la batalla para la organización

‘El autor pone en duda la autenticidad de las cadenas traídas a Navarra por D. Sancho y ni aun para la tradición tiene otro apelativo que el de afortunada... Estos toscos pedazos de hierro, sin valor material alguno, constituyen una tradición oral y escrita acatada por la lógica más estrecha; son un trofeo de valor inmenso para los *descendientes de D. Sancho, sus nobles y sus soldados*; son un

³⁰⁰ El fallo del jurado no menciona a Huici, sin embargo es manifiesta su autoría. Con posterioridad éste publicó sus puntos de vista sobre la batalla en Ambrosio Huici, *Estudio sobre la campaña de las Navas de Tolosa*, *op. cit.*

³⁰¹ ‘Informe general del Jurado del certamen científico y literario celebrado en la ciudad de Pamplona, bajo los auspicios de la excelentísima Diputación Foral y Provincial de Navarra, para solemnizar el 7º Centenario de la batalla de las Navas de Tolosa’, *op. cit.*, p. 290.

³⁰² *Ibidem.*

³⁰³ *Ibidem.*, p. 292.

³⁰⁴ *Ibidem.*, p. 290.

símbolo del ardimiento desarrollado en la épica jornada y hasta una prueba material de las hercúleas cualidades de la raza.”³⁰⁵

‘Sin valor material alguno’... La observación desvela las dimensiones de la ofensa. Durante la manifestación fuerista de 1894 la exhibición de las cadenas produjo un verdadero delirio entre el público³⁰⁶. Dudando de la veracidad de los “toscos pedazos de hierro” Huici ha puesto en juego no un valor material, sino un valor simbólico, y a través de él un relato que tiene componentes fundacionales y concluyentes. Al cuestionar el origen de las cadenas ha cuestionado un hecho axial en la historia de Navarra. Y además ha tenido la desfachatez de presentar sus ideas a un certamen organizado por el “descendiente” del Rey Fuerte:

“Tradición tan gloriosa, sostenida incólume durante siete centurias, no puede arrancarse de manos del *actual y genuino representante*, que *tan valientemente* ha decidido la conmemoración solemne del magno acontecimiento de las Navas de Tolosa.”³⁰⁷

Es muy curioso que la organización de un concurso sea considerado un acto de valor. De todas formas es sólo cuestión de perspectiva. El punto fundamental viene un poco después de esta declaración.

“Muy sensible ha sido para los que suscriben que al acudir a esta convocatoria talento tan preclaro como el autor del estudio que comentamos, haya prescindido con *un rigorismo de oportunidad dudosa*, de fuentes de verdad y criterio de certeza muy atendibles con su vigor de siete siglos, *jamás discutido*, pregones infalibles de creencias jamás combatidas con saña.”³⁰⁸

Que el jurado reproche a Huici su excesivo rigor a la hora de descartar una serie de fuentes “tradicionales” constituye un detalle de crucial importancia. A través de él se

³⁰⁵ *Ibidem*.

³⁰⁶ Cfr. G. Etayo, *op. cit.*, p. 54. Refiere cómo P. Mansó saca en medio de los maceros de Diputación las supuestas cadenas. ‘La vista de aquel trofeo electrizó los corazones de tal modo que ni la emoción cabía en ellos ni la lengua certaba a expresarla’.

³⁰⁷ ‘Informe general del Jurado del certamen científico y literario celebrado en la ciudad de Pamplona...’, *op. cit.*, p. 291.

³⁰⁸ *Ibidem.*, p. 292.

dejan entrever las complicadas relaciones que guardan la ideología e historia. No es tanto que se discuta la veracidad de las crónicas arábicas a las que ha acudido el anónimo; ni siquiera se pone en entredicho la científicidad de su estudio. Posiblemente, los miembros del jurado eran conscientes de que Huici ‘tenía razón’. De lo que se le acusa es de inoportuno, de aguafiestas, de haber relatado una historia distinta de la que se había programado. Su premio fue el más absoluto silencio sobre su obra en Navarra.

Interludio II. Las tribulaciones de un poeta con la Guerra de la Independencia.

*Navarra en la guerra de la independencia*³⁰⁹, de Hermilio de Olóriz, constituye un escrito singular. En sus páginas el autor intenta describir la resistencia contra las tropas napoleónicas como una muestra más de las luchas de Vasconia en favor de su libertad, religión e independencia contra quienes pretenden ‘borrar su nombre del libro de la vida’³¹⁰.

Según Olóriz, Navarra era por esta época un ‘Reino independiente, en territorio, jurisdicción y leyes’³¹¹, unido a España sólo por la figura del monarca. Los franceses, ‘monstruos satánicos enemigos de toda compasión’³¹², impíos y despóticos, invadieron el reino traicioneramente, profanando sus lugares religiosos. La Diputación del reino, continúa, intentó garantizar el respeto a la ‘Constitución’ de Navarra pero, amenazada por el invasor, debió huir a Tudela. Allí declara la guerra formalmente a Francia. Los guerrilleros navarros se echan entonces al monte y acosan al enemigo, causándole grandes bajas. La guerra de 1808 enlaza así con las batallas de Roncesvalles, Ocharren, Olast, las Navas, etc.

Esta lectura de la Francesada no es fácil y, como puede suponerse, tropieza con importantes dificultades.

En primer lugar, Olóriz encuentra el obstáculo de una historiografía nacionalista española muy difundida. Según ésta la Guerra de la Independencia constituye un momento clave en la formación de la conciencia peninsular³¹³. A diferencia de

³⁰⁹ H. de Olóriz, *Navarra en la guerra de la independencia*, *op. cit.*

³¹⁰ *Ibidem*, p. 5.

³¹¹ *Ibidem*, p. 288.

³¹² *Ibidem*, p. 85.

³¹³ Como ejemplos notables de historiografía nacionalista española de la Guerra de la Independencia pueden citarse a M. Lafuente, *op. cit.*, tomos 16 y 17; El Conde de Toreno [José M^a Queipo de Llano], *Historia del Levantamiento, Guerra y Revolución de España*, 3 tomos, Lib. Europea de Baudry, París, 1838.

contendias anteriores, en las que los héroes provienen principalmente de la nobleza y la realeza, la Francesada tiene como protagonista principal al pueblo español en su conjunto. Con la familia real claudicando en Bayona a las ambiciones de Bonaparte, la aristocracia postrada ante el invasor y el ejército desmoralizado, es el “instinto popular” el que, “sin jefes ni caudillos”³¹⁴, conduce la resistencia contra los franceses. Para esta historiografía toda España se alza unánime y casi simultáneamente contra el “extranjero hipócrita y altivo”³¹⁵. El sitio de Gerona, el dos de mayo madrileño, el asedio de Zaragoza, el alzamiento asturiano, los guerrilleros castellanos, andaluces y gallegos, ... Cada región de España tiene una gesta que expresa su aportación a la independencia patria. También Navarra, a decir de Lafuente “uno de los países que más habían tardado en revolverse”³¹⁶, cuenta con un testimonio célebre de su patriotismo: sus guerrilleros y, en especial, Espoz y Mina. Éste, en palabras de Ibarra, es “otro Viriato”³¹⁷ que cambia “la laya de labrador por la espada de guerrero”³¹⁸. En torno suyo se agruparon “millares de navarros, que con estupor de Europa, vencían a los dominadores del mundo”³¹⁹. Para Olave, Mina basta por sí sólo “para inmortalizar el nombre de Navarra, y hacerla eternamente acreedora a la admiración del mundo y a la gratitud de España”³²⁰. Olóriz, en resumidas cuentas, debía conservar estos personajes y contrarrestar su connotación españolista hilando una historia más euskara.

En segundo lugar, y de manera un tanto análoga a lo que sucedía con Sancho VII, Olóriz se enfrentaba al problema de unos héroes sobre cuya integridad se cernían algunas sombras: la Diputación y el citado Espoz y Mina. En lo que se refiere a la Diputación de Navarra, ésta había sido acusada de haberse mantenido en convivencia con los invasores hasta fechas muy avanzadas³²¹. Nuestro autor replicaba que su actitud había sido simplemente “prudente”³²², tal y como lo exigían las circunstancias. Por su

³¹⁴ M. Lafuente, *op. cit.*, tomo 16, p. 285.

³¹⁵ *Ibidem*, p. 275.

³¹⁶ *Ibidem*, tomo 17, p. 99.

³¹⁷ Javier Ibarra, *Ilustres navarros del siglo XIX y parte del XX*, Imp. de J. García, Pamplona, 1953, p. 214.

³¹⁸ *Ibidem*.

³¹⁹ *Ibidem*. Como Sancho el Fuerte, también el guerrillero sufre la “ingratitude” del monarca a quien ha servido. Fernando VII, en efecto, después de la victoria “le recibió como a un perro importuno” (*Ibidem*, p. 101). Para Ibarra este desprecio provoca su conversión al liberalismo y la Constitución de Cádiz.

³²⁰ S. Olave, “El pacto político”, *op. cit.*, p. 234.

³²¹ A este respecto puede verse el folleto *Los Vascongados a los demás Españoles*, s.f., que se encuentra en la Biblioteca Nacional (signatura VE 1193/34). El folleto trata de salir al paso de quienes acusan a las provincias vascongadas y al reino de Navarra de ser partidarios de los franceses.

³²² H. de Olóriz, *Navarra en la guerra de la independencia*, *op. cit.*, p. 7.

parte, Espoz y Mina había cometido después de la guerra algunos actos que, desde la mentalidad de Olóriz, empañaban su calidad de héroe navarro. Así, abraza el liberalismo, se adhiere a la Constitución de 1812 que derogaba los fueros, se hace masón y termina cometiendo todo tipo de tropelías en Navarra durante su campaña contra los carlistas³²³. Olóriz habla de una ‘mutación’³²⁴ y ‘degeneración’³²⁵ en el espíritu del héroe y explícitamente declara su intención de obviar en la medida de lo posible el doloroso tema.

Olóriz no parece capaz de mantener hasta el final su lectura inicial de la Guerra de la Independencia. Muestra de ello es su énfasis en la ingratitud de España. Mientras Navarra lucha leal y denodadamente por la expulsión de los invasores, los españoles conspiran cómo ‘concluir con Navarra’³²⁶. Durante los sitios de Zaragoza acogen de malas maneras a los voluntarios navarros³²⁷ y los gobiernos centrales pagan con desprecios los servicios de Navarra³²⁸. Cuando las tropas hispano-inglesas llegan a Vasconia se comportan ‘como si operasen en país enemigo’³²⁹. En 1812 las Cortes de Cádiz abolen tiránica e ilegalmente los fueros.

‘Quién hubiese de suponer que a tanto sacrificio consumado en aras de la causa española, hubiera contestado España con un decreto de muerte?’³³⁰

A causa de ‘su lealtad llevada al heroísmo’³³¹, el reino de Navarra se encuentra ‘a punto de perecer sumido en la miseria’³³². Sus campos están desiertos, sus hijos en prisión a la espera de ser fusilados o en la guerrilla, sus instituciones abolidas, sus villas arruinadas.

³²³ Todavía más ‘deshonroso’ es el destino de su sobrino, Javier Mina, otro de los héroes locales de la Francesada. Éste termina siendo fusilado en México por luchar a favor de la independencia de la colonia contra España.

³²⁴ *Ibidem*, p. 308.

³²⁵ *Ibidem*.

³²⁶ *Ibidem*, p. 285.

³²⁷ *Ibidem*, p. 45.

³²⁸ *Ibidem*, pp. 168-169.

³²⁹ *Ibidem*, p. 280.

³³⁰ *Ibidem*, p. 289.

³³¹ *Ibidem*, p. 285.

³³² *Ibidem*.

‘[...] se previene el fin próximo de Navarra, se hace ver su ruina inminente, el forzoso abandono de los saqueados hogares y del país empobrecido... ¡De aquel país que había luchado sin descanso, que había llevado a efecto enormes sacrificios que ni la Historia recuerda y que en pago de ellos veíase lleno de partidas de soldados que a modo de cuadrillas de forajidos convertían los campos públicos en teatro de abominables excesos!’³³³

En definitiva, no queda claro para quién ha luchado Navarra, si para sí misma, en defensa de su religión e independencia, como se sugería al principio, o para España. En el primer caso, ésta nada tendría que agradecer a los navarros, con lo que el victimismo de Olóriz quedaría en entredicho. En el segundo caso, la lectura que Olóriz articulaba en la mayor parte de su escrito quedaría desacreditada. Una contradicción similar se advierte cuando critica los gritos a favor de Fernando VII de algunos voluntarios navarros. En su opinión deberían haber gritado ‘viva Fernando III’, es decir, deberían haberlo aclamado como súbditos del reino de Navarra, no de España.

‘[...] tal trastorno y confusión había producido en los espíritus aquella nefasta guerra, que hasta el recuerdo de nuestra vida independiente habíase por el momento borrado y confundido.’³³⁴

En otras partes del libro, por el contrario, Olóriz deja entrever que Diputación y los guerrilleros navarros no combatían por España, sino por el reino de Navarra³³⁵.

En cualquier caso, si bien Olóriz no consigue ofrecer una narración homogénea de la guerra de 1808 en Navarra, sí logra poner de manifiesto las consecuencias que para ella se han derivado de haber sobrepuesto el interés foráneo al interés propio. Como en las Navas de Tolosa, su sacrificio no ha sido recompensado. Todavía más, los españoles han aprovechado la lealtad de Navarra para intentar terminar con ella. Sólo la unidad de sus hijos en torno a Diputación consigue que, a regañadientes, restablezcan el régimen foral y que Navarra mantenga por unos años su independencia.

³³³ *Ibidem*, p. 283.

³³⁴ *Ibidem*, p. 314.

³³⁵ *Ibidem*, pp. 13 y 17.

La Covadonga del siglo XX.

De julio a octubre de 1936 el bando nacionalista consigue movilizar en Navarra a más de 17.000 voluntarios: casi uno de cada tres navarros en edad de empuñar las armas³³⁶. La mayor parte de ellos combatirán encuadrados dentro de las milicias del Requeté. Las boinas rojas que distinguieron a los partidarios de Carlos V y Carlos VII en las guerras del XIX colorean de nuevo los frentes de combate.

Uno de los rasgos más sobresalientes de la cuantiosa literatura navarra producida en torno a la guerra española es precisamente la abundancia de textos que enlazan aquélla con las guerras carlistas. Buena muestra de ello es la novela de ambiente navarro *Flor de hidalgos*³³⁷, de Casariego, en donde se juega continuamente con este paralelismo. Tanto el autor como sus personajes, en efecto, tienen siempre presente el modelo de sus antepasados carlistas. De este modo, los alzamientos de 1833 y 1870 vienen a ser un ensayo general de lo que estalla en 1936. Pero la comparación no se improvisa en aquéllas fechas. Dos años antes del “Alzamiento” el órgano de la Asociación de Estudios Tradicionalista (AET) declara abiertamente la *imitatio carlisti*:

‘Estamos hartos de legalidad y de camarillaje. Queremos ser como ellos, como los Cruzados del siglo XIX.’³³⁸

Para Francisco López Sanz esta ligazón entre la guerra del 36 y las carlistadas del XIX es tan fuerte que alcanza al propio general Mola quien, como los viejos caudillos carlistas, muere en campaña³³⁹. Para Bernard el militar rebelde es justamente el ‘nuevo Zumalacárregui’³⁴⁰. También Manuel Iribarren³⁴¹, José M^a Jimeno Jurío³⁴²,

³³⁶ José Andrés-Gallego, *Historia Contemporánea de Navarra*; Ediciones y Libros, Pamplona, 1982, p. 197. Otras fuentes aumentan estas cifras hasta los 40.000 voluntarios en agosto de 1936. Cfr. José M^a Iribarren, *Con el general Mola. Escenas y aspectos inéditos de la guerra civil*, Editorial ‘Heraldo de Aragón’, Zaragoza, 1937, p. 50.

³³⁷ Jesús-Evaristo Casariego, *op. cit.*

³³⁸ Citado por Jaime del Burgo, *Requetés en Navarra antes del Alzamiento*, Ed. Española, San Sebastián, 1939, p. 38. Aparece en *AET*, n^o 2, 1934.

³³⁹ Cfr. F. López Sanz, ‘El rojo de la boina’, en su libro *Relente*, Ed. Española, San Sebastián, 1942, pp. 131-133.

³⁴⁰ Ino Bernard, *Mola. Mártir de España*, Ed. y Lib. Prieto, Granada, 1938.

³⁴¹ M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*, p. 303.

³⁴² ‘En la edad, los ideales y el entusiasmo, aquellos campesinos navarros se parecen, como dos gotas de agua, a los voluntarios carlistas de 1872.’ (José M^a Jimeno Jurío, *Historia de Pamplona. Síntesis de una evolución*, Ediciones y Libros, Pamplona, 1974, p. 301).

el Conde de Rodezno³⁴³ y el propio Franco³⁴⁴, entre otros muchos, han subrayado la continuidad entre el “Alzamiento” y las guerras carlistas.

Si hemos de creer los testimonios ofrecidos por la literatura y la prensa contemporáneas, el paralelismo no queda en una mera ocurrencia propagandística sino que se extiende por toda la sociedad navarra. Arako refiere cómo un veterano carlista de 1870, que “guardaba como reliquia”³⁴⁵ su boina de voluntario, la entrega emocionado a un requeté de 1936. García Sanchiz destaca que muchos jóvenes se han dejado las patillas “à lo Zumalacárregui”³⁴⁶.

La Historia se repite. El pasado prefigurando el presente. El mismo “ayer es hoy”³⁴⁷ de Campión que hemos visto regir la comprensión histórica de Altadill, Gúrpide, etc. Es preciso preguntarse de nuevo: ¿Pero es el pasado el que da la clave para entender el presente o el presente el que modela el pasado? Al menos en el estudio que hace Jaime del Burgo sobre *El Fracaso de Oroquieta*³⁴⁸ ocurre claramente esto último. Como en 1936, vemos a toda Navarra alzada por la causa de Dios y de la patria; juntos a los que cantan jotas y a los que cantan “melancólicos zortzikos”³⁴⁹. La misma unanimidad, el mismo entusiasmo que en el futuro. “Montes y valles, ciudades y aldeas, bordas y caseríos, arrojaron a sus hombres útiles a la lucha que pregonaban clarines y atabales”³⁵⁰.

“Al correr de los años había de repetirse el espectáculo impresionante. En aquel amanecer del 19 de Julio de 1936 que pobló de ecos patrióticos todos los ámbitos de la tierra española.”³⁵¹

En realidad es obvio que un espíritu mínimamente puntilloso podría encontrar más de una diferencia entre una y otra contiendas. Acaso la más importante consista en que en 1833 y 1872 los carlistas luchan por implantar un monarca. Los requetés de

³⁴³ Tomás Domínguez Arévalo y Eladio Esparza, *Los Mártires de la Tradición*, Ed. Príncipe de Viana, Vitoria, 1938, p. 28.

³⁴⁴ *Ibidem*, p. 19. El texto reproduce un decreto de Franco.

³⁴⁵ Arako [pseudónimo de Cándido Testaut], *Dialogando*, ed. Leyre, Pamplona, 1947, p. 319.

³⁴⁶ En F. García Sanchiz, *op. cit.*, *Navarra*, sin paginación.

³⁴⁷ A. Campión, *Euskariana. Cuarta serie, op. cit.*, p. 160.

³⁴⁸ Jaime del Burgo, *El Fracaso de Oroquieta. Navarra en el Alzamiento de 1872*, Ed. Siempre, Pamplona, 1951.

³⁴⁹ *Ibidem*, p. 13.

³⁵⁰ *Ibidem*, p. 10.

³⁵¹ *Ibidem*.

López Sanz y de del Burgo, en cambio, sólo luchan por Dios y por la Patria. Incluso los fueros, tan importantes en la propaganda carlista de la República, han quedado relegados a alguna invocación esporádica.

Aunque este interés por relacionar la “Cruzada” del 36 con las luchas del XIX tiene una indudable relevancia ideológica, es necesario destacar que las conexiones del “Alzamiento Nacional” no se han detenido ahí. 1936 es también una nueva Reconquista y en ella “Navarra fue la Covadonga del siglo XX”³⁵². Jaime del Burgo, abundando en las similitudes entre la Guerra Civil y la lucha contra el Islam, escribe:

‘Sus hijos, guiados por la misma fe de sus mayores, sabrán iniciar la nueva Reconquista, descendiendo en alud irresistible de sus montañas milenarias, a impulsos de la misma emoción que alzaré el clamoreo airado de las huestes ribereñas.’³⁵³

Otras ocasiones 1936 es también un nuevo 1212. Por eso Baldomero Barón atribuye a los voluntarios de la Falange y el Requeté la “raza del rey don Sancho”³⁵⁴. Y Francisco López Sanz destaca cómo Navarra rompe una segunda vez “las cadenas con las que la república sectaria quiso esclavizar a España”³⁵⁵. No es casual, a este respecto, que los supuestos trofeos de las Navas de Tolosa figurasen en un lugar privilegiado en el desfile de la Victoria en Madrid³⁵⁶.

En tercer lugar, también la francesada ha servido como modelo a 1936. Así, para Rafael García Serrano, “del mismo modo que” los navarros del XIX ‘habían luchado juntos contra el invasor napoleónico, lucharon juntos sus nietos contra el invasor comunista’³⁵⁷.

³⁵² T. Toni, *op. cit.*, p. 20. También para Iribarren Navarra es la “hueva Covadonga” (M. Iribarren Paternáin, *Una perspectiva histórica.*, *op. cit.*, p. 16). Asimismo para López Sanz Navarra es “la Covadonga de esta reconquista” (cfr. Francisco López Sanz, *Navarra en la Cruzada. Episodios, Gestas, Lenguaje, Epístolas y Anecdotario*, Ed. Navarra, Pamplona, 1948, p. 26). Ya en 1934 Máximo Ortabe utiliza la expresión “Nueva Covadonga” en un poema recogido en M. Ortabe, *Jalones del Camino (versos)*, Iberia, Pamplona, 1948, p. 119.

³⁵³ Jaime del Burgo, *¡Huracán! Novela*, Ed. Gómez, Pamplona, 1943, p. 100. Para del Burgo los carlistas del XIX se encuentran también ligados a los cruzados. Ellos, en efecto, “contuvieron el avance de la morisma liberal y republicana” (Jaime del Burgo, *Cruzados. Drama carlista en prosa y en verso*, Imp. La Acción Social, Pamplona, 1934, pp. 7-8).

³⁵⁴ Baldomero Barón, *Romancero Popular Navarro*, III volumen, Imprenta de J. García, Pamplona 1937, p. 5.

³⁵⁵ F. López Sanz, *Navarra en la Cruzada*, *op. cit.*, p. 12.

³⁵⁶ Cfr. “Las cadenas de las Navas de Tolosa figurarán en la grandiosa fiesta de la Victoria que se va a celebrar en Madrid”, en *D. N.*, 10-V-1939.

³⁵⁷ J. del Burgo, *España en paz. Navarra*, *op. cit.*, p. 8. Se trata del prólogo de García Serrano.

Las guerras de las que hemos tratado hasta el momento tenían unos protagonistas más o menos concretos: los vascones, Sancho el Fuerte, Espoz y Mina. En la literatura navarra la Guerra Civil cuenta con dos personajes estrechamente ligados: Mola y los voluntarios del Requeté que están a sus órdenes. A decir de Eladio Esparza, “Mola conoció el carácter de nuestro pueblo y se compenetró con él hasta convertirlo en base del levantamiento”³⁵⁸. Compenetración que llega en el caso de Bernard a la identificación más absoluta, de manera parecida a como ocurría con Sancho el Fuerte según el parecer de Arturo Campión.

“*Mola era Navarra, y Navarra fue Mola...*”³⁵⁹

El secretario de los pelayos navarros, Ramón Urrizalqui, lo llama ‘Padre de los Navarros’, ‘amigo de los navarros’ y ‘navarro auténtico’³⁶⁰. En la misma sintonía, Manuel Iribarren lo titula ‘caudillo de los navarros’³⁶¹. Es curioso anotar que el militar sólo pasó en la provincia apenas un año. Desde su puesto de comandante militar de Pamplona, Mola dirige el Alzamiento y consigue sumar en último extremo a los carlistas³⁶², y con ellos a Navarra, a la sublevación.

Respecto a los voluntarios, Iribarren remarca que, sin desmerecer a soldados y falangistas, sin lugar a dudas “la representación genuina de Navarra es el requeté”³⁶³. Francisco López Sanz escribe un interesante anecdotario de sus vidas³⁶⁴, una especie de biografía múltiple entre el chascarrillo y la tragedia. Las historias contienen habitualmente el nombre, apellido y el lugar originario de sus protagonistas. ‘Francisco Labiano Uriarte’, ‘Juan Ignacio Montoya’, ‘Jesús Elizalde’, ‘Guillermo Azparren’³⁶⁵.

Por otro lado hay más casos, aunque menos frecuentes, de ‘guiños’ entre contiendas alejadas en el tiempo. Valgan dos muestras: Yzardiaga asemeja el Carrascal en el que Mina ataca a los franceses con Roncesvalles en su *Poema de Navarra*, *op. cit.*, pp. 15 y ss. Para Teófilo Ayuso, en segundo lugar, “los guerrilleros aragoneses vienen a ser hermanos, en línea recta, del echeco jauna de Altobiscar” (*Peregrinación Navarra*, Imp. Provincial, Pamplona, 1939, p. 16).

³⁵⁸ E. Esparza, *Pequeña historia*, *op. cit.*, p. 128.

³⁵⁹ I. Bernard, *op. cit.*, p. 205. Las cursivas son suyas. Más adelante insiste todavía más gráficamente: “*Mola: Navarra. Navarra: Mola*” (p. 206, cursivas suyas).

³⁶⁰ Citado por Bernard, *op. cit.*, p. 244.

³⁶¹ M. Iribarren, *Una perspectiva histórica*, *op. cit.*, p. 38.

³⁶² A título de curiosidad, Joaquín Arrarás señala que entrado julio de 1936 Mola todavía no había llegado a un acuerdo con los carlistas. Cfr. Joaquín Arrarás, *Historia de la Segunda República Española*, Ed. Nacional, Madrid, 1968, tomo IV, pp. 308-310.

³⁶³ M. Iribarren, *Una perspectiva histórica*, *op. cit.*, p. 60.

³⁶⁴ F. López Sanz, *Navarra en la Cruzada*, *op. cit.*

³⁶⁵ *Ibidem*, pp. 65, 83, 108, 121.

Los héroes anónimos obtienen así el reconocimiento que sólo los grandes generales suelen tener. En 1954 buena parte de las calles del nuevo barrio pamplonés de la Chantrea reciben sus nombres de combatientes muertos en el frente: Joaquín Elberdin, Agustín Flamarique, Francisco Goñi, Crescendio Lecumberri, José Jimeno, etc.³⁶⁶.

Es evidente que la guerra de 1936 encaja precisamente con una concepción de Navarra propia de la trama del *ager*³⁶⁷. Navarra manda a sus hijos a luchar por España y por la religión católica contra los “españoles rusos”³⁶⁸, los “apóstoles del infierno soviético y protestante”³⁶⁹. No sólo es la primera en alzarse³⁷⁰, sino que el mérito de la victoria recae esencialmente sobre ella, como la victoria de las Navas le correspondía al Rey Fuerte. “Navarra salvó a España”³⁷¹, dice Baldomero Barón en uno de sus poemas. También Julio Gúrpide remarcará más adelante que “Navarra decidió el triunfo en favor de la Cruzada Nacional”³⁷². Según aparece en *Diario de Navarra*, “Navarra será el principio salvador de la civilización cristiana. No sólo de España. De toda Europa”³⁷³. Francisco López Sanz va todavía más lejos: “Navarra salvará a España y España salvará al mundo.”³⁷⁴. Sin duda es éste el “milagro de Navarra”³⁷⁵. La pequeña provincia se convierte un día en el asombro del mundo, como Shakespeare había anunciado³⁷⁶. Resulta comprensible que el Ayuntamiento de Salamanca solicite “un puñado de tierra navarra en la que tantos héroes nacieron”³⁷⁷. La pondrán en una hornacina y será “custodiada con toda veneración, como reliquia o atributo sagrado”³⁷⁸. ¿Un halago desmesurado? Tal vez, pero también un detalle que revela la importancia de la participación navarra en la Cruzada. “Nunca ha realizado Navarra esfuerzo de

³⁶⁶ Cfr. José J. Arazuri, *Pamplona, calles y barrios*, Gráficas Castuera, Pamplona, 1979-1980, tres tomos.

³⁶⁷ A este respecto es ilustradora la lectura del artículo de Juan P. Esteban, “Navarra Española”, publicado en *D. N.*, 10-X-1936. Desde Sancho el Mayor a 1936 toda la historia de Navarra es leída como contribución a la causa de España.

³⁶⁸ B. Barón, *Romancero*, *op. cit.*, p. 3.

³⁶⁹ *Ibidem*, p. 39.

³⁷⁰ *Ibidem*, p. 2, p. 7.

³⁷¹ *Ibidem*, p. 3.

³⁷² J. Gúrpide, *Geografía e Historia*, *op. cit.*, p. 136.

³⁷³ Adrián de Loyarte, “¡Oh, tu Navarra, en emoción de grandeza!”. en *D. N.*, 4-X-1936, p. 6.

³⁷⁴ F. López-Sanz, *Relente*, *op. cit.*, p. 95.

³⁷⁵ J. del Burgo, *Requetés en Navarra*, *op. cit.*, p. 184.

³⁷⁶ La conexión entre la cita de Shakespeare (que proviene de los *Trabajos de amor perdidos*) y la guerra de 1936 aparece en J. M. Iribarren, “Navarra Foral y española”, *op. cit.*, p. 176.

³⁷⁷ Citado en F. López Sanz, *Relente*, *op. cit.*, p. 99.

³⁷⁸ *Ibidem*, p. 99.

heroicidad y sacrificio, por la Religión y por España, tan desmesurado, tan sin medida ni tasa, como su esfuerzo de julio de 1936”³⁷⁹, ni siquiera en 1212 o en 1808, dice Eladio Esparza. ‘Navarra entregó sus hombres, sus víveres, sus signos, su oro, sus aperos, sus coches, su organización’³⁸⁰, en definitiva, todo.

A este respecto, nuestros autores destacan que, a diferencia de lo que ocurre en otros lugares, el Alzamiento tiene un carácter unánime en la provincia. Toda Navarra unida ‘se echa al campo ‘por Dios y por España’, y derrama sobre todos los frentes la riada, contagiosa de fe y valentía, de sus cuarenta mil voluntarios -juntos el amo y el criado, juntos el padre, el hijo y el abuelo-”³⁸¹. ‘Navarra se alzó como un solo hombre’³⁸², repite Baldomero Barón Rada. 142 hombres aptos para las armas hay en Huarte y 142 se presentan voluntarios³⁸³. Según refieren los libros, en nuestra provincia se produce el ‘milagro de las tres generaciones’³⁸⁴: el padre, el hijo y el abuelo se apuntan voluntarios para luchar contra la República³⁸⁵. ¿Qué es de los republicanos navarros, ese 21% de la población que votaba al Frente Popular? ¿Y de los nacionalistas, el 9’5%? Para Francisco López Sanz ambos se incorporan de corazón al Alzamiento. Y a propósito recoge el siguiente hecho ‘verídico’: un socialista de la Ribera se afilia al Requeté. Alguien le pregunta perplejo:

“-Pero ¿tú el terrible socialista de mi pueblo? -¡Yo! Ya sabes que ante todo somos navarros y que debajo de ese socialismo postizo [...] está el corazón que en estos momentos se acuerda que debe ser como fue el de su abuelo.”³⁸⁶

³⁷⁹ E. Esparza, *Pequeña historia*, *op. cit.*, p. 118.

³⁸⁰ *Ibidem*.

³⁸¹ J. M. Iribarren, ‘Navarra Foral y Española’, *op. cit.*, pp. 175-176.

³⁸² B. Barón, *Romancero*, *op. cit.*, p. 127. Cfr. General Luis Redondo y Comandante Juan de Zavala, *El Requeté (La Tradición no muere)*, Ed. AhR, Barcelona, 1957, p. 416: “Toda Navarra estaba en pie. Abuelos, padres, hijos, mujeres,... Aquello fue un torrente inimaginable.”

³⁸³ I. Bernard, *op. cit.*, p. 156.

³⁸⁴ La expresión es de T. Ayuso, *Peregrinación navarra*, *op. cit.*, p. 16.

³⁸⁵ Cfr. J. del Burgo, *Conspiración y guerra civil*, Alfaguara, Madrid, 1970, p. 29; F. García Sanchiz, *Navarra*, *op. cit.* F. López Sanz, *Navarra en la Cruzada*, *op. cit.* Merece la pena citar la supuesta anécdota que refiere este último libro. Un requeté es interrogado por su superior:

“- Si mueres, ¿a quién quieres que avise?

-A José María Errandonea, 65 años, Tercio de Montejurra, es mi padre.

-¿Y...si no está?

-A José María Errandonea, 15 años, Tercio de Montejurra, es mi hijo.”(p. 290).

³⁸⁶ F. López Sanz, *Navarra en la Cruzada*, *op. cit.*, p. 44.

También Jaime del Burgo refiere casos de socialistas y nacionalistas que se incorporan voluntariamente al Requeté o la Falange para expiar su antigua militancia, en ocasiones con la muerte³⁸⁷.

A este respecto, la imagen de la plaza del Castillo el 19 de julio de 1936 a menudo aparece como la exacta expresión de la unanimidad del levantamiento antirrepublicano en Navarra. Escribe Manuel Iribarren:

‘Nada tan bellamente impresionante como el espectáculo de la plaza del Castillo en la mañana luminosa y azul del 19 de Julio de 1936. [...] el ¡Por Dios y por España! De aquellas horas vibraba en las calles y en las carreteras con agudos de clarín, como un eco de aquel remoto ¡Dios lo quiere!, que arrastró a los Cristianos españoles a la Cruzada de las Navas.’³⁸⁸

El falangista Rafael García Serrano da precisamente el título de *Plaza del Castillo*³⁸⁹ a una de sus novelas sobre la guerra. Los voluntarios que allí forman ofrecen ‘una síntesis armoniosa de España’ y, por ende, de Navarra. El norte y el sur, la ‘raza rubia y primitiva de las montañas’ y ‘la raza indómita, ibérica y morena de la Ribera’³⁹⁰. Ahí está la ‘Esparta de Cristo’³⁹¹ que empuña sus fusiles por la salvación de la católica España.

El poema de Ernesto La Orden Miracle, ‘Retablo de la Navarra Laureada’³⁹², reúne con dudoso gusto buena parte de los tópicos anteriores sobre la importancia y la significación del Alzamiento en Navarra. El príncipe Fernando el Santo convoca en el cielo su ‘Consejo de Estado’. Entre sus miembros se encuentran los Reyes Católicos, Felipe II, Carlos I, Sancho de Navarra, El Cid, Cisneros y Hernán Cortés. El príncipe informa que en España se lucha en una nueva cruzada:

‘[...] hay un caso extraordinario
¡hay un pueblo todo entero

³⁸⁷ J. del Burgo, *Conspiración y guerra civil, op cit.*, p. 27 y pp. 66 y ss.

³⁸⁸ M. Iribarren Paternáin, *Navarra, op. cit.*, pp. 305-306. Cfr. J. Jimeno Jurío, *Historia de Pamplona, op. cit.*, p. 301: ‘La Plaza del Castillo es la copa desbordada de boinas rojas, de Oriamendi, de vítores.’

³⁸⁹ Rafael García Serrano, *Plaza del Castillo, op. cit.*

³⁹⁰ *Ibidem*, p. 264.

³⁹¹ *Ibidem*.

³⁹² Ernesto La Orden Miracle, ‘Retablo de la Navarra Laureada’ *Príncipe de Viana*, nº 1, 1940.

que es mártir, héroe y soldado!”³⁹³

Se trata, claro está, de Navarra. El consejo decide unánimemente otorgarle la laureada. Entonces aparece el apóstol Santiago, flanqueado por Zumalacárregui y Mola. Les sigue un ejército de ángeles con boina roja, llevan las cadenas de las Navas y hondean la bandera de Navarra.

*“Tierra santa de Navarra,
de tradición relicario,
vivero de la fe en Cristo,
manantial del amor patrio:
porque en un siglo de olvidos
del depósito sagrado
de Dios y Patria, tú sola
lo conservaste intacto.”*³⁹⁴

Navarra relicario de la tradición. El “arca sagrada de la Tradición gloriosa”³⁹⁵, dice López Sanz. La imagen interesa porque si Navarra puede llevar a cabo la salvación de España e incluso de todo el mundo es precisamente porque gracias a su proverbial rebeldía se ha mantenido aislada, limpia de los males que han ensuciado Occidente en general y España en particular en los dos últimos siglos. Todo *Navarra en la Cruzada*³⁹⁶ de López Sanz gira en torno a esta idea. Es el “espíritu indomable de amor a la libertad”³⁹⁷ que animaba a los vascones de Roncesvalles³⁹⁸, “el deseo constante de ‘echarse al monte’ con la carabina del abuelo”³⁹⁹, lo que produce el desbordamiento de 1936. “Navarra fue una isla [...] de espaldas a todo lo exótico”⁴⁰⁰. También para Ayuso “en los valles de Navarra, como en un pozo profundo, quedaron durante siglos

³⁹³ *Ibidem*, p. 146.

³⁹⁴ *Ibidem*, p. 149. Cursivas mías.

³⁹⁵ F. López Sanz, *Relente*, *op. cit.*, p. 123, la expresión la toma de *El Noticiero* de Zaragoza.

³⁹⁶ F. López Sanz, *Navarra en la Cruzada*, *op. cit.*

³⁹⁷ *Ibidem*, p. 23.

³⁹⁸ Cfr. F. López Sanz, “Navarra lleva en su seno”, *op. cit.*, p. 121: “Navarra conservó intacto, sin malbaratarlo, antes bien acrecentarlo, el tesoro espiritual, el temple indomable, las virtudes indestructibles y el alma de la raza que le legaron aquellos fieros guerreros, los indómitos vascones que derrotaron y humillaron en Altobiskar a los mejores caballeros de Carlomagno”.

³⁹⁹ F. López Sanz, *Navarra en la Cruzada*, *op. cit.*, p. 24.

⁴⁰⁰ *Ibidem*, pp. 28-29.

escondidas las cenizas de la auténtica tradición española.”⁴⁰¹. La tradicional belicosidad de sus habitantes contra todo lo foráneo ha obrado el prodigio. Navarra, en efecto,

‘[...] *estuvo siempre en pie y en rebeldía* contra los hombres que quisieron falsear la historia, destruir nuestra fe, acabar con nuestra tradición, atrofiarnos de [sic] un *costumbrismo exótico* y grosero y de unas ideas *tan extranjeras como corruptoras*.”⁴⁰²

La fiereza, la voluntad de estar aislados, la desconfianza hacia lo foráneo, etc., han contribuido a mantener a Navarra pura para la Cruzada, a preservarla inmaculada para salvar a la decadente España. El *saltus* ha quedado subsumido por el *ager*. Astucias de la razón.

‘[...] en Navarra quedó embalsamado el espíritu de la España católica.”⁴⁰³.

‘Navarra, desde la implantación de la República, íbase convirtiendo en *región-isla*, y ya se la llamaba la Tierra Santa.”⁴⁰⁴

Al estudiar la batalla de las Navas de Tolosa pudimos observar cómo Navarra salvaba a España y a la Cristiandad entera a costa de un gran sacrificio. También este “milagro” de 1936 exige a Navarra una prodigalidad sin límites y un ofrecimiento costosísimo.

“¡Generosidad bendita,
desprendimiento gallardo!”⁴⁰⁵,

exclama Baldomero Barón, y más adelante añade,

‘[Navarra] está dando el tesoro
de su hacienda y de su sangre [...]
por salvar a nuestra España”⁴⁰⁶

⁴⁰¹ Palabras recogidas en *Peregrinación navarra*, *op. cit.*, p.22.

⁴⁰² F. López Sanz, *Navarra en la Cruzada*, *op. cit.*, p. 18. Las cursivas son mías.

⁴⁰³ E. Esparza, *Pequeña historia*, *op. cit.*, p. 116.

⁴⁰⁴ *Ibidem*, p. 128. Las cursivas son mías.

⁴⁰⁵ B. Barón, *Romancero*, *op. cit.*, p. 7.

También José M^a Iribarren⁴⁰⁷ y Francisco López Sanz insisten en el tópico de la “generosidad”⁴⁰⁸ de los navarros en la Cruzada contra la “democracia maloliente”⁴⁰⁹. Se trata de “un pueblo que sin exigir nada y renunciando a todo, llevó a la guerra este elevado pensamiento: O salvarse con España, o perecer por España.”⁴¹⁰. Un sacrificio tan elevado, tan oneroso que, como dice un requeté anónimo, “ni por España, sólo por Dios puede hacerse”⁴¹¹. Exactamente 4.286 muertos en los diversos frentes. Faltan por sumar los fusilados y asesinados en la retaguardia, así como a los navarros que perecieron combatiendo por la República.

1212, 1808, 1936. Tres “momentos cumbres” que Julio Gúrpide pone como ejemplo del “desinterés” con que Navarra “se ha entregado por España”⁴¹². En 1212 el sacrificio sólo produjo para Navarra unos pocos castillos y sus cadenas. En la Francesada, Fernando VII trata como un perro al guerrillero de Navarra Mina y comienzan los ataques al régimen foral. Para Jaime del Burgo, también en 1936 el triunfo obtenido “à costa de sacrificios inmensos”⁴¹³ apenas beneficia a la provincia:

“Triunfante el movimiento nacional, Navarra volvió a replegarse sobre sí misma, y el centralismo imperante le deparó no pocos sinsabores, que, justo es decirlo, fueron resueltos cuando en última instancia la Diputación acudía ante el jefe del estado. Pero no supo obtener ningún beneficio especial, ni participó de los grandes planes que favorecieron otras regiones españolas.”⁴¹⁴

No habrá en 1939 un Olóriz que cuestione la participación de Navarra en esta gran batalla del *ager* o que acuse a los castellanos de cobardía ante el enemigo. El régimen surgido de la propia guerra coarta la dialéctica entre *saltus* y *ager*. Campión, el

⁴⁰⁶ *Ibidem*, p. 104. Corchete mío.

⁴⁰⁷ Cfr. José M^a Iribarren, *Con el general Mola, op. cit.* La presencia del tópico es constante. Este libro es la primera biografía de Mola, del que Iribarren fue secretario. Sería censurada ese mismo año. Iribarren publicó una segunda versión que contó ya con el beneplácito oficial: *Mola. Datos para una biografía y una historia del Alzamiento Nacional*, Talleres Heraldo de Aragón, Zaragoza, 1938.

⁴⁰⁸ F. López Sanz, *Navarra en la Cruzada, op. cit.*, p. 12.

⁴⁰⁹ *Ibidem*, p. 21.

⁴¹⁰ *Ibidem*, pp. 12-13.

⁴¹¹ *Ibidem*, p. 309.

⁴¹² J. Gúrpide, *Navarra foral, op cit.*, p. 50.

⁴¹³ J. del Burgo, *Historia de Navarra, op. cit.*, p. 627.

⁴¹⁴ *Ibidem*, pp. 627-628.

último de los euskaros, muere en 1937. Los navarristas se incorporan al franquismo y los nacionalistas se ven obligados al exilio o el silencio. Pese a todo, algunos elementos propios del *salvus*, como la ingratitud por el sacrificio de Navarra o el mantenimiento de la pureza interna, aparecerán, como hemos visto, en los relatos que la literatura local ofrezca de la guerra de 1936.